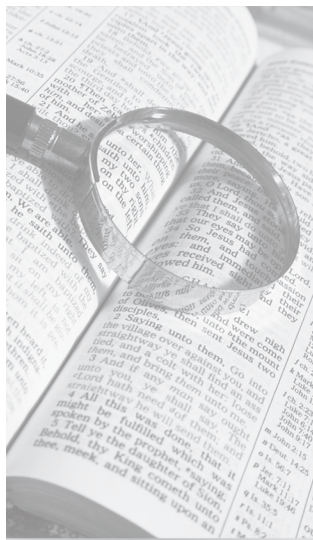




REFLEXIONES TEOLÓGICAS PARA ANCIANOS DE IGLESIAS



INSTITUTO DE
CAPACITACIÓN
PARA ANCIANOS
DE IGLESIAS
DE LA GREATER
NEW YORK
CONFERENCE

C O N T E N I D O

Unas palabras	5
CAPÍTULO 1:	
¿Por qué William estudió teología?	7
CAPÍTULO 2:	
¿Qué es un Anciano de Iglesia?	27
CAPÍTULO 3:	
La Formación de Josué como Líder Asociado de Moises	33
CAPÍTULO 4:	
La Formación de Timoteo como líder asociado de Pablo	47
CAPÍTULO 5:	
El Creyente como Ministro en los Escritos Inspirados	63

Título:
Reflexiones teológicas para ancianos de iglesias

Fotografías:
Potada: Photomaxx Photo / Shutterstock.com
Interior: Robert_s Photo / Shutterstock.com

Copyright® 2018, Greater New York Conference
Manhasset, NY

**Diseño de Portada, Diagramación
e Impresión**
Hadgraphic Inc.
Bonx, NY
hadgraphic@gmail.com

Esta publicación no podrá ser reproducida o transmitida en forma parcial o completa, en ningún formato o por medio electrónico, fotocopia u otro medio, excepto como citas breves, sin previo permiso por escrito del autor.

UNAS PALABRAS

Apreciado Anciano y líder de iglesia, introducimos estas reflexiones con una cita de un artículo de Elena de White publicado en la *Review and Herald* del 17 de enero del año 1893. En dicho artículo ella destacó la importancia de los líderes locales en el buen funcionamiento de la iglesia y el cumplimiento de su misión.

“Aquellos que son conocidos por ser hombres de mentes equilibradas, que tienen el amor y el temor de Dios antes que ellos, deben ser nombrados ancianos y diáconos; y mediante el ejercicio de la capacidad que Dios les ha dado, pueden crecer en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Pueden planear sabiamente y educar a los miembros individuales de la iglesia para que hagan su parte en el intercambio con los talentos de su Señor. Mediante el uso correcto de sus talentos, pueden aumentar su eficiencia en la causa de Dios. La iglesia puede ser visitada solo ocasionalmente por un ministro, y aun así ser una iglesia en crecimiento; porque Jesús es nuestro ministro, y nunca debemos pensar que nos dejan solos”.

Dos años antes, en 1891, en otro artículo publicado en la misma revista el 24 de Marzo, afirmó que “aquellos que son elegidos como ancianos y diáconos”, siempre deben estar alertas para “hacer y ejecutar planes que darán a cada miembro de la iglesia una parte del trabajo activo para la salvación de las almas. Esta es la única manera en que la iglesia puede ser preservada en una condición sana y próspera”.

El Instituto de Anciano de la Greater New York Conference ha querido llenar el vacío existente de una formación sólida para los líderes asociados del ministerio local. En el presente material proveemos informaciones útiles que contribuirán con la capacitación de los ancianos en la función que Dios le ha encomendado en la iglesia.

Creemos que hoy, más que nunca, el Señor dirige un decidido llamado a cada anciano y líder de iglesia para que desempeñe su labor al más alto nivel de las expectativas tanto de la feligresía como de Dios, quien nos llama a su servicio.

Que este material sirva de inspiración y guía en la vida de cada alumno de este instituto como líder emergente, es el deseo de:

Pr. Henry Beras,
Presidente GNYC

Pr. Hermes Tavera-Bueno.
Coordinador del Instituto
de capacitación para ancianos.



C A P Í T U L O 1

¿POR QUÉ WILLIAM ESTUDIÓ TEOLOGÍA?

Éfeso era una antigua ciudad que ya a inicios del primer milenio (a.C.). era considerada como la realeza de las ciudades Jonias. Estaba ubicada en el noroeste del mar mediterráneo en lo que en la Antigüedad se llamó Anatolia, luego Asia menor, y hoy es Turquía.

Su posición geográfica entre oriente y occidente le permitió siempre ser un puente cultural entre fuerzas y civilizaciones encontradas. Por ejemplo, en el periodo de dominio del imperio persa, Éfeso era la única ciudad griega con relaciones prósperas con el imperio oriental.

Antes del dominio persa, el rey Creso de Lidia había conquistado la ciudad y se había constituido en su benefactor, construyéndole un templo a Artemisa. La influencia Lidia

produjo en Éfeso una cultura mixta, parte griega, parte asiática que es desconocida en cualquier otra parte del este.

En el tiempo de Augusto, la ciudad sirvió como la capital de la provincia Romana de Asia y recibió el título de “la primera y la más grande metrópoli de Asia”. A mediados del primer siglo de nuestra era, Éfeso se convirtió también en el centro religioso de la región; y a finales de siglo ya proliferaba en ella el culto al emperador.

I. Heráclito

Uno de los primeros pensadores por los que Éfeso fue conocida fue Heráclito, quién vivió entre los siglos VI y V ac. De su filosofía solo han sobrevivido fragmentos de los que se pueden inferir una igualmente fragmentaria visión de su sistema de pensamiento.

Los temas de su filosofía son el “fuego”, como elemento primordial del mundo, la unidad del todo en el Uno y la filosofía del “logos”. Su pensamiento influyó en dos grandes filósofos subsiguientes, Platón y Aristóteles. Casi medio milenio después de su muerte, los estoicos resucitaron su doctrina popularizándola e integrándola en la stoa.

Precisamente, a finales del primer siglo de nuestra era, en medio de un complicado sincretismo religioso y filosófico, otro ciudadano de Éfeso usó el concepto de “logos” de una manera sin precedente en la historia del pensamiento. Juan, el conocido apóstol, hizo del “logos” el centro de su reflexión teológica sobre Jesús, y lo hizo de manera tal que cambió para siempre nuestra concepción de Dios y de nosotros.

2. Juan

El testimonio de que Juan vivió en Éfeso desde el tiempo de las grandes persecuciones en Roma es atestiguado por una primitiva tradición cristiana de la que da cuenta Ireneo.

A Juan se le adscriben 5 de los escritos del Nuevo Testamento: un evangelio, 3 cartas y el Apocalipsis. Un concepto presente en todos sus escritos y con el que inicia su evangelio es el concepto de “logos” o palabra creadora.

“En el principio era el *logos*”, son las palabras con las que Juan se introduce como escritor. No fue fortuita su elección de tema, dada la larga tradición por la que su ciudad era conocida, como el origen de la elucidación filosófica del “logos”. ¿Qué tendría Juan que añadir al concepto? ¿Era el suyo una ampliación de una idea anterior o una corrección radical de una idea que había tenido y ha seguido teniendo una gran influencia en el pensamiento occidental?

3. William Montero

William era un joven, cuyo apellido no le permite, a pesar de su nombre anglosajón, ocultar su herencia hispana. Vivía en el Bronx, NY, en el seno de una familia cristiana. Como muchos otros, en los albores de su juventud dejó la iglesia entregándose a las drogas y a una vida de pandillero y delincuente.

Una serie de acontecimientos providenciales lo llevaron a reconocer que Dios tenía todavía un plan para él. Más de un milagro se sucedió para que finalmente se dejara alcanzar por la gracia divina y retornara, como hijo pródigo, a la casa de su “padre”.

William era un joven brillante en la escuela elemental, y en la secundaria había sobresalido como un experto en matemáticas. Desde pequeño había soñado con ser un ingeniero (en sistema, civil, electromecánico, agrónomo, industrial, aeroespacial, etc., en cualquier área, pero siempre “ingeniero”). Nadie tuvo dudas jamás de sus posibilidades. Incluso en su tiempo de abandono, era mirado por algunos

como el desperdicio de un genio. Él todavía recuerda su encuentro dramático con uno de sus antiguos profesores. “¿Qué haces echado debajo de este puente?” – le preguntó el profesor. “Yo esperaba que para este tiempo tu fueras un ingeniero; posiblemente construyendo un puente como este en el que ahora vives tirado como una basura”.

Al regresar a la iglesia sintió un gran dolor por el tiempo perdido. Comenzó a ensamblar su “profile” académico y a prepararse para entrar a la universidad. Su historial, así como algunas cartas de recomendación le granjearon una aceptación en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) una de las (si no la más) prestigiosa institución científica en el país. La vida le comenzaba a sonreír otra vez.

Sin embargo, había algo que inquietaba a William. En su corazón abrigaba un gran deseo de dedicar su vida al servicio de Dios. ¿Sería que Dios lo estaba llamando al “ministerio”? Decidió consultar a su mentor espiritual, su pastor, quien después de oír lo que William le contó acerca de sus sentimientos, no tuvo duda del “llamado” que William había recibido. Además, William era talentoso, un buen predicador con tremenda aceptación entre la gente y mucho éxito en campañas de evangelización.

“Tu próximo paso es el Seminario, no el MIT. Yo sé que es duro para ti, pero es evidente que tu naciste para una misión que sería un triunfo para el Diablo que tú se la dedicaras a simplemente avanzar el conocimiento de las ciencias de este mundo. Dios te está llamando a ser un predicador del evangelio, a salvar almas, no a experimentar con electrones”.

Todavía William cuenta la historia de esta conversación como un punto decisivo en su vida. Hoy, William pastorea varias iglesias en el noroeste de Estados Unidos y es un

pastor exitoso. Nunca se ha arrepentido de la decisión que tomó aquella tarde, de estudiar teología y entregarse por completo al ministerio cristiano.

La siguiente anécdota se las cuento ahora porque no sé en qué otro lugar es apropiado colocarla. En días pasados William se encontró con un antiguo amigo de secundaria. No se veían casi por 20 años. El amigo es profesor en una prestigiosa universidad, dirige varios proyectos científicos y es un publicado autor.

El amigo sabía que William había sido cristiano en su juventud. “Espero que después de haber ido a la universidad y habiéndote convertido en un hombre de ciencias, te hayas olvidado de todos esos mitos acerca de Dios” – le comentó su amigo. Cuando William le informó que no había ido a la Universidad a estudiar ciencias, sino a un Seminario Teológico para ser pastor, se dio cuenta que la conversación había llegado a su fin. “¡Qué desperdicio! Me gusta respetar a los demás, y no quiero ofenderte, pero me temo que tenemos pocas cosas en común que conversar”, le dijo su amigo mientras hacía ademanes de enojo mientras se alejaba.

4. Lo “Sagrado” y lo “profano” en la historia de la humanidad

Tradicionalmente se ha mantenido una separación entre lo secular y lo sagrado. Sin embargo, *esta separación es relativamente reciente en la historia de la humanidad.* Pongamos por ejemplo el “escribir”. El acto de escribir es hoy una tarea totalmente “secular”, sin embargo, en la antigüedad, en muchos lugares, escribir era un acto “sagrado”; en ese sentido, gran parte de la escritura primitiva es “jeroglífica” (gr. Hieros: sagrado). Actos comunes como la caza, la siembra, el desarrollo humano y natural, las jerarquías sociales, etc.

eran vistos como reflejos de la sociedad divina, ciclos divinos o al menos como medios de invocación de la divinidad.

El entroncamiento de cierta tendencia de la filosofía griega en la civilización cristiana perpetuó un dualismo filosófico y teológico muy nocivo para todas las categorías del pensamiento. Esta tendencia creaba un abismo insalvable entre lo divino y lo humano que se extendía a otras categorías relacionadas. Así, lo celestial, lo espiritual, lo eterno, lo invisible, era alineado con lo divino y por lo tanto con lo bueno. Por otro lado, lo material, terrenal, concreto y humano era relacionado con el mal y lo perecedero. Esas categorías teóricas repercutían en la estructuración social. Las monarquías, se hacían descender de los dioses para extender su poderío sobre las masas comunes. Los sacerdotes, como mediadores de un mundo superior, se aprovechaban de esa superioridad que su participación en lo divino les otorgaba para reclamar un estatus mayor en la pirámide social.

La iglesia medieval perpetuó esas categorías dualísticas. La sociedad era una sociedad de clases. En ella existía una clara distinción entre el clero y el pueblo, la iglesia y el estado, lo material y lo espiritual.

El racionalismo modernista acentuó ese dualismo al contraponer una afirmación de la razón, lo material y naturalista contra la religión y lo divino. Así, en el nombre del avance científico, el mundo moderno se alejó de Dios y de la religión organizada.

Ese dualismo que desde Grecia traspasa nuestra sociedad actual y nuestros sistemas de pensamientos, se nota claramente en la evolución del concepto de “logos”. Este concepto tiene una cantidad de usos en los diversos lenguajes técnicos actuales. Sin embargo, es una constante

que en el mundo religioso se usa “logos” en sentido bíblico, y en el mundo de las ciencias humanas “logos” se refiere generalmente al concepto griego.

5. “Logos” en el pensamiento griego

El primer gran pensador sobre el “logos” fue Heráclito. Para él, en el mundo existía una ley reconocible que hace posible el conocimiento y entendimiento entre los hombres; esta ley es el “logos”. El “logos” es el ser mismo tanto del universo como del hombre. De esa manera *el logos* hace posible la inteligibilidad mutua entre el hombre y Dios y entre este mundo y el mundo de arriba.

Los sofistas pensaron en el “logos” como el poder racional establecido en el hombre. En el mundo socrático el “logos” tomó un giro más universal, pero al mismo tiempo más personal. El “logos” hace posible el “*dia*-logo” del alma consigo misma, y en ese sentido es el lenguaje de lo eterno y lo divino en el hombre, y que lo trasciende.

Para los estoicos el “logos” es la finalidad y esencia del mundo; el “logos” es *dios mismo*. En un sentido más específico, el “logos” encierra las leyes de la razón, es el principio que crea al mundo, que lo ordena y lo constituye. El *logos* es un poder que se extiende a través de la materia y obra inmanentemente en todo.

El mundo es un desarrollo gradual del “logos”; este es el poder que da crecimiento a las plantas y movimiento a los animales. Es como una semilla que se desarrolla a sí misma y que como semilla es racional. Es la ley cósmica que rige tanto al mundo como a los individuos y que da al hombre el poder del conocimiento. Así, todos los poderes proceden del “logos” y al “logos” retornan. El “logos” particular del hombre, su poder racional, es parte del “logos” universal.

6. Dualismo

Mucho del pensamiento griego tradicional fue dualista, es decir, que entendía el “cosmos” en función de dos conceptos básicos o *entes*. En este esquema, toda realidad es “dual” y refleja la existencia de los irreducibles “opuestos”.

El pensamiento es posible por la existencia en el hombre de una dialéctica o confrontación alterna entre lo racional (*logos*) y lo irracional. Lo irracional es irreal y por lo tanto desaparece con la prominencia del *logos* que alcanza su última realidad en la muerte. Así la muerte es la entrada en la racionalidad, en el triunfo de la razón donde sólo el “*logos*” domina supremo.

Lo irracional se apega a lo visible y material, a lo que en sí es malo; el “*logos*” es la razón invisible, no sólo la realidad, sino el creador de la realidad. El “*logos*” es en su naturaleza bueno y por lo mismo eterno.

Un posible esquema representativo del dualismo clásico es como sigue:

Realidad Superior	Realidad Inferior (=No realidad)
Eterna	Perecedera, mortal
Invisible	Visible
Divina	Animal
Espiritual	Material.
Creadora	Creada
Buena	Mala, corrupta
Celestial	Terrenal

7. La Carne

En un mundo dualista, para entender una idea es nece-

sario entender su opuesto. Esto en sí constituye una intuición rescatada por el pensamiento lingüístico estructuralista moderno. Desde el punto de vista semántico, el significado de un término está delimitado por los opuestos que presupone dentro de un mismo “campo semántico”.

Es decir, la definición de la palabra “luz” no solo demanda los términos relacionados del mismo campo semántico (claridad, resplandor, día, etc); en “luz” hay implícito un entendimiento de lo que es “no-luz” o “tinieblas”, que hace que “luz” pueda ser diferenciada como realidad propia o concepto independiente. Esta diferenciación lógica es la base de la semántica moderna. En ese sentido, la concepción de “logos” se hace estéril sin una idea de su opuesto. En el mundo griego ese opuesto es el concepto de la “carne” (*sark*).

El significado básico de “carne” es “cuerpo” o los términos relacionados de “piel”, como parte exterior del cuerpo, o “músculos y huesos” como los componentes interiores del mismo.

Lo carnal (*sarkinos*) es corruptible y destructible. Lo carnal diferencia a los hombres de los dioses. El sufrimiento (*pathos*) sólo afecta a la carne, pero no al alma (*psyché*) que es una realidad de los dioses, quienes son sin emociones, sentimientos y/o gozo/dolor (*a-pathicos*).

Lo “carnal” está limitado al mundo y los dioses trascienden este mundo. Así, el alma deja este mundo en busca de lo eterno, divino y celestial. En la muerte, el alma, que no es perecedera, se libera de las prisiones de la carne y busca su propia realidad en “dios”.

En el siguiente esquema se resalta el contraste entre “la carne” (*sark*) y el “logos”:

Logos	Carne
Divino	Humano
Celestial	Terrenal
Bueno	Inherentemente malo
Eterno	Perecedero
Racional	Irracional
Creador	Creado
Espiritual	Material

8. El *logos* y la creación

De todos modos, para algunos ese dualismo no podía ser aceptado de manera absoluta. Una forma de atenuación la proveyeron las religiones místicas del primer siglo, fundamentadas en el helenismo.

El “dios” bueno no podía ser el creador del mundo y de la carne. Él fue el creador de un *semi-dios*, que a la vez fue el creador de otro “dios” inferior. Estas deidades, también llamadas *eones* y *emanaciones* se fueron sucediendo indefinidamente. La última de esas emanaciones o deidades fue la responsable de la creación del mundo.

En el mundo judío helenístico, alejandrino, representado por Filón, se implementó una teología similar. El Dios de la Biblia no podía ser el Dios creador de un mundo material y perecedero. Dios es el creador del “*logos*” que a su vez es el creador de lo material. Así, el “*logos*” es un mediador entre dos opuestos, lo divino y lo terrenal, el creador y la criatura, lo esencialmente bueno y lo esencialmente malo.

9. Para los griegos “locura”

Por alguna razón la cosmovisión griega era un obstá-

culo para la concepción del mundo nacida en el seno del cristianismo primitivo. Esto hizo al apóstol decir que el evangelio era tenido para los griegos como “locura” (I Corintios 1: 23).

La concepción del mundo que se desprende de la Biblia no es *dualista* sino *holística*. Lo divino no sólo se encuentra en el cielo, sino también en la tierra. Dios aparece directamente lidiando con su creación. La creación es en su naturaleza original “buena en gran manera” (Génesis 1: 31); es decir, lo material puede ser bueno.

En el otro sentido, la Biblia habla de un ser del mundo celestial (un *querubín*) en quien se halló maldad (Ezequiel 28). De modo que hay bien y mal tanto en el mundo material como en el espiritual.

Esto preparó el camino para las afirmaciones revolucionarias con las que Juan decidió iniciar su evangelio. Estas palabras marcarían una ruptura no sólo con la forma de iniciar otros evangelios (Compare Mateo, Marcos, Lucas), sino con la forma de presentar categorías teológico-racionales: “*En el principio era el logos, y el logos era con Dios, y Dios era el logos*” (Juan 1: 1).

10. Implicaciones Joaninas

Independiente de su trasfondo, Juan tenía una audiencia para su evangelio que a su vez compartía un marco conceptual en correspondencia con el desarrollo cultural de la sociedad donde vivían. De modo que el Evangelio de Juan debe ser analizado en el doble trasfondo, tanto el teológico/cultural del autor como el teológico/cultural de la audiencia.

Así, el helenismo, tanto filosófico como religioso, era una fuerza intelectual que debía ser tomada en cuenta por

cualquiera que quisiera comunicarse comprensiblemente y de manera efectiva en el primer siglo. Esto nos hace concluir que el concepto de “logos” con el que Juan inicia su evangelio, no fue elegido de manera fortuita (Juan 1: 1-2).

“En el principio era el logos, y el logos era con Dios, y el logos era Dios”. Veamos las implicaciones de sus afirmaciones de una manera más directa, enfocando cada detalle:

a. *En el principio era el “logos”*

Esta idea podía ser aceptada en un amplio rango del pensamiento helenista. Para todos, el “logos” era un denominador común de creación; sea como fuente o como agente. De modo que el “logos” debió existir “en el principio”.

b. *Y el “logos” estaba con Dios*

La proximidad del logos con Dios también podía ser aceptada sin polémica por la audiencia del evangelio de Juan. Algunos podían concebir esa proximidad como “igualdad”, otros como una generación genética en que el “logos” procedía de Dios.

c. *Y el “logos” era Dios*

Toda la filosofía-teología griega sobre el “logos” se resume en esta frase: “El logos era Dios”. La igualdad de Dios con el logos fue sospechada por Heráclito y los sofistas, avanzada por los socráticos, inferida por las religiones místicas y afirmada por los estoicos.

d. *Todas las cosas por el “logos” fueron hechas, y sin el “logos” nada fue hecho*

Estas dos afirmaciones podían ser también aceptadas por cualquier facción del pensamiento griego antiguo, aunque entendidas de manera diferente. Podían ser asimiladas como

una afirmación de la racionalidad del mundo basada en el hecho de ser éste creación del “logos” o “razón”.

Por su parte, Filón el alejandrino podría haber aceptado la afirmación como una corroboración de la degradación de Dios en el “logos” a un nivel donde lo divino pudiera alcanzar lo material.

Hasta ese momento Juan no ha dicho nada en el texto que pudiera sorprender a sus lectores. Todo lo que ha dicho estaba de acuerdo con sus presupuestos ideológicos. Incluso, utilizó categorías aparentemente dualísticas: “La luz en las tinieblas resplandece y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (Juan I: 3).

Pero al parecer Juan busca empatía con su audiencia sólo para prepararla para la gran revelación. “*El logos se hizo carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria*” (Juan I: 14). Esta afirmación joanina es completamente revolucionaria.

a. *El logos fue hecho (egeneto)*

Juan había afirmado que el logos “era” (Juan I: 1). La expresión “era” (*en*) está en un presente continuo. Con esta partícula Juan afirma la eternidad del “logos”, su existencia desde el principio. En contraste a el “logos”, todas las cosas “han sido” hechas, “han llegado a ser”. Todas las cosas por el logos “fueron hechas” (*egeneto*), y sin él, nada de lo que ha “sido hecho” (*egeneto*) fue hecho (Juan I: 3).

La misma palabra se usa para describir la temporalidad de Juan el Bautista. Él “llegó a ser” (*egeneto*) como un hombre enviado de Dios (Juan I: 6). Otra vez en el verso 10 se declara que el mundo “fue hecho” (*egeneto*).

Así se crea un contraste entre estos dos verbos: “era” (*en*) y “fue hecho” (*egeneto*). Así, “era” introduce lo eterno y

creador; “fue hecho” (*egeneto*) lo temporal y creado. “Era” se refiere al “logos” eterno, “*egeneto*” al mundo perecedero.

Pero en el verso 14 Juan dice algo revolucionario: “el logos fue hecho”. Juan aplica el “*egeneto*” al “logos”. El creador se hizo creatura, el hacedor hechura. Él, quien era desde la eternidad, se limitó en el tiempo, quien era sin “principio” llegó a tener un principio histórico limitado.

La fuerza de la expresión “*egéneto*” sugiere realidad. No fue que el logos “apareció” teofánicamente como *carne*, ni que aparentó ser carne sin serlo en realidad (*docetismo*), él “fue hecho” carne. Negar la realidad de la encarnación es negar la realidad del mundo. Porque el “logos” fue hecho carne en la misma manera que el mundo fue hecho mundo.

b. *Carne*

Si la expresión “*egeneto*” es alarmante, mucho más lo es su complemento. La idea que el “logos” haya sido “hecho”, para un religioso helenista podría atenuarse si se tratara de una transmutación, el ser hecho un ente superior, el pasar a un “eón” o emanación mayor. Pero Juan dice que el “logos” fue hecho “*carne*”.

No podían presentarse dos más grandes contrastes: El “logos” y “la *carne*”. Para un griego eso sonaba como decir no solo que el creador fue hecho criatura, sino que lo “bueno” vino a ser “malo”. O dicho de manera más absoluta, que “el bien” se convirtió en “el mal”.

San Pablo habló del Hijo de Dios siendo enviado “en semejanza de carne de pecado” y resaltó un evento cuando “el que no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo pecado” (Romanos 8: 3; 2 Corintios 5: 21).

Juan era consciente de la naturaleza polémica de sus afirmaciones. Esto era precisamente el centro de su mensaje,

que era negado en la sociedad de su audiencia. En su primera carta (polémica) escribió rotundamente: “En esto conoced el Espíritu de Dios: *Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne procede de Dios*, y todo espíritu que no confiesa a Jesús no procede de Dios. Este es el espíritu del anticristo, del cual habéis oído que había de venir y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4: 2-3).

La centralidad del mensaje cristiano está en la unidad del *logos* creador y divino con la carne degradada y perecedera en la persona de Jesús de Nazaret. Negar esa realidad, es negar la posibilidad de existencia de un Cristo, de un auténtico salvador de la humanidad caída.

c. *Y habitó entre nosotros*

El “*logos*” celestial desciende al nivel de humanidad. El cielo se convierte en tierra, el trono de Dios baja del cielo. Así lo trascendente entra en la esfera de lo inmanente para hacerlo a su vez trascendente.

d. *Y vimos su gloria*

Lo invisible se hace visible. Lo que estaba en la esfera de los “dioses”, inalcanzable al hombre, se hace accesible al ojo humano, a la humana experiencia. Dios entró al mundo de los sentidos para ser experimentado en la persona de Jesús.

Una transformación de los conceptos de “*logos*” y “carne” se muestra en el siguiente cuadro en comparación con los anteriores:

LOGOS/CARNE
Divino/Humano
Eterno/Mortal
Creador/Criatura
Espiritual/Material
Celestial/Terrenal

11. Cristianización del pensamiento filosófico

Es interesante que Juan usó conceptos inteligibles para la audiencia de su tiempo: “logos”, “carne”, “luz”, “tinieblas”, “creación”, “criatura”, etc. Sin embargo, estos mismos conceptos los iluminó con una luz proveniente de otro trasfondo: El Antiguo Testamento.

La expresión “en el principio” con que él comienza su Evangelio es una clara alusión a la forma como comienza la Biblia Hebrea y especialmente el libro de Génesis. En el relato de Génesis (capítulo 1), luz, tinieblas, creación, Creador son todos conceptos que resaltan de manera clara (1, 2, 3). Pero todo acto creador se lleva a cabo por el dicho de Dios (Génesis 1: 3, 14, 26). Este dicho que crea lo que no es, es para Juan “el logos” creador, la palabra creadora que trajo todo el mundo a la existencia (Salmos 33: 4).

Con este proceso hermenéutico Juan inició un paso de “cristianización” de los conceptos de la sociedad donde el cristianismo fue llamado a impactar con su mensaje. Este proceso lo describe Pablo como una necesaria tarea cristiana y misional: “Destruimos los argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios; llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo” (2 Corintios 10: 5).

12. ¿Por qué William Montero estudió teología?

Es posible que William Montero haya estudiado teología porque realmente Dios lo llamó a ser específicamente un pastor como Dios ha hecho con muchos. El ser pastor es parte del llamado de Dios por la que el ha dado dones específicos a algunos hombres. Debe estar claro en nuestras mentes que se necesitan pastores en la iglesia de Dios. Sin embargo, dado el estudio precedente, *es posible que William haya estudiado teología como producto de una falsa concepción del “logos” cristiano.*

La iglesia cristiana ha seguido manteniendo una clara separación entre lo que llama “secular” (carne) y “sagrado” (logos). Esa separación se hace clara, por ejemplo, en la distinción evidente entre clérigos y laicos.

Las personas que se sienten llamadas por Dios al ministerio piensan erróneamente que un ministerio sagrado sólo puede desarrollarse en el nivel clerical (logos). Pero la venida de Cristo en humanidad, la transformación del “logos” en “carne”, hace sagrados todos los aspectos de la vida humana.

La búsqueda de la verdad en el mundo de la naturaleza (ciencia) y la búsqueda de la verdad en la revelación especial (teología pura) son ambas labores teológicas. Elena White escribió que

“todo verdadero conocimiento y desarrollo tienen su origen en el conocimiento de Dios... Cualquier ramo de investigación que emprendamos, con el sincero propósito de llegar a la verdad, nos pone en contacto con la Inteligencia poderosa e invisible que obra en todas las cosas y por medio de ellas. La mente del

hombre se pone en comunión con la mente de Dios, lo finito con lo infinito” (*La Educación*: 14).

En una reveladora cita Elena White aclara:

“A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial. Todo esto enseñó Cristo al designar los emblemas de su gran sacrificio. La luz que resplandece del rito de la comunión realizado en el aposento alto hace sagradas las provisiones de nuestra vida diaria. La despensa familiar viene a ser como la mesa del Señor, y cada comida un sacramento” (*Deseado de Todas las Gentes*: 615).

Por su parte, servir a Dios en las labores llamadas “comunes” es tan sagrado como servir a Dios en las labores llamadas “espirituales”. No existe tal distinción. “Todos los que trabajan asiduamente con la mente o las manos son obreros u obreras. Y todos están cumpliendo con su deber y honrando a su religión, tanto mientras lavan la ropa o los platos como cuando van a una reunión” (*Testimonies for the Church*, Vol. 4: 590).

“Nuestro Salvador pasó la mayor parte de su vida terrenal trabajando pacientemente en la carpintería de

Nazaret. Los ángeles ministradores acompañaban al Señor de la vida mientras caminaba con campesinos y labradores, desconocido y sin honores. Estaba cumpliendo su misión tan fielmente mientras trabajaba en su humilde oficio como cuando sanaba a los enfermos y andaba sobre las olas tempestuosas del mar de Galilea. Así también nosotros, en los deberes más humildes y en las posiciones más bajas de la vida, podemos andar y trabajar con Jesús” (El Camino a Cristo: 81).

Dios necesita ingenieros, inventores, abogados, doctores, agrónomos, científicos, políticos, enfermeras, de la misma manera como necesita pastores. Cada sábado de mañana, cualquier pastor le predica a unos cientos de oyentes en una iglesia abarrotada y con eso cree que es un ministro exitoso. No quiere pensar que por cada persona que le escucha hay al menos mil, dentro de unas cuantas cuadras que nunca han ido, ni irán a su iglesia. *Desde esa perspectiva el ministerio es un fracaso.*

Todavía nuestro evangelismo se centra en la iglesia y nuestro éxito se mide en función de las personas que atraemos a la iglesia y en relación con el tamaño de la iglesia. Pero la misión de Dios es el mundo, el foco es el mundo y nuestro éxito debe medirse en función del tamaño de nuestro mundo, o nuestra comunidad. Nuestra misión no es solo traer personas al templo, sino alcanzar a la gente donde está. Y a la gente la encontramos ocupadas en su medio de subsistencia. Los verdaderos misioneros, están donde está la misión.

Muchos ven un desafío en la secularización del mundo. *Pero no hay nada de malo en la secularización.* La misión de la iglesia no es revertir la secularización sino cristianizarla; mostrar que Dios está presente aun en lo que consideramos nuestro alejamiento de él.

Un ingeniero alcanzando a sus compañeros profesionales en su lugar de trabajo es más misionero que cualquier famoso pastor predicando a los que ya, medios convertidos o queriéndose convertir, han venido a escucharlo.

Las posibilidades de que el amigo de William (que es un tipo del hombre secularizado de hoy) conociera y aceptara el evangelio de un compañero científico, son cien veces más probables de que ocurra con uno ya tildado de “pastor”.

El ministerio cristiano, para ser auténticamente cristiano, no sólo debe llevar el mensaje cristiano, sino la forma en que Cristo se manifestó. *El verbo hecho carne, lo sagrado en contacto con lo profano, Dios con el hombre, lo divino con lo común, es la forma en que debe trabajar el ministerio.* Y esto se logra no sólo sacando a los pastores de las cuatro paredes de un templo, sino haciendo conscientes a los hombres “comunes” que ellos son ministros en el gran templo divino que es el mundo, un mundo que desde que el “logos” habitó en él, es sagrado para Dios.



C A P Í T U L O 2

¿QUÉ ES UN ANCIANO DE IGLESIA?

1. El oficio de “Anciano” en el Antiguo y Nuevo Testamento

El término que traduce la palabra “anciano” en el Antiguo Testamento es *zaqen* que se refiere a una persona de edad avanzada (Génesis 18: 11; 19: 4; 24: 2; 25: 29), al líder de un clan o tribu (Génesis 50: 7), los líderes de Israel (Éxodo 3: 16, 18; 4: 29; 12: 21; 24: 1) o de otras naciones (Números 22: 4, 7).

El *zaqen* es un líder o “príncipe” del pueblo (Éxodo 24: 9, 11; Deuteronomio 29: 10) y sus funciones son representar al pueblo (Éxodo 3: 16; 19: 7), ser mediadores de justicia (Deuteronomio 19: 12) y ser agentes de intercesión (Levítico 4: 13-15). Básicamente el anciano es un líder que representa a un grupo social (tribu, ciudad, pueblo o nación) dentro de un colectivo legislativo y deliberativo (Números 11: 16;

Deuteronomio 21: 3; 22: 17, 18; 25: 7-9; Josué 8: 33; Ruth 4: 2-4; 2 Samuel 17: 4).

En el Antiguo Testamento, el oficio de anciano no es estrictamente religioso sino civil y representativo. Ellos participan de ritos y procesos religiosos sólo como representantes del pueblo (Éxodo 12: 21; 17: 5, 6; 18: 2; 24: 9, 14).

En el Nuevo Testamento la palabra “anciano” es una traducción de la palabra *presbíteros*. La palabra se refiere, igual que en el Antiguo Testamento, a una persona de edad avanzada (Juan 8: 9; Hechos 2: 17; 1 Timoteo 5: 1), un dirigente de los judíos (Mateo 16: 21; Marcos 7: 3; Lucas 7: 3; Hechos 4: 5, 8; 16: 4), a los dirigentes de la Iglesia de Jerusalén (Hechos 11: 30; 15: 2, 4, 6, 22, 23; 21: 18), de las Iglesias gentiles (Hechos 14: 23; 20: 17) y servidores en la liturgia celestial (Apocalipsis 4: 4).

Dada la situación social de Israel como pueblo dominado políticamente pero independiente religiosamente, el oficio de ancianos en tiempo de Cristo tenía un matiz mayormente religioso para referirse a líderes del judaísmo de la época (Hechos 4: 5, 8; 16: 4).

La iglesia primitiva asumió y tomó el oficio de ancianos del judaísmo. Al igual que en el Antiguo Testamento los “ancianos” en tiempos del Nuevo Testamento actuaban como colectividad. “Cuando era de día, se juntaron los *ancianos* del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al Sanedrín, diciendo” (Lucas 22: 66).

Este texto es importante. En primer lugar, la palabra que se traduce como “ancianos” es *presbuterion*, que literalmente significa un grupo administrativo ocupado en los intereses de una comunidad, a un “concilio de ancianos”.

Ese “concilio de ancianos” era parte de, o componía el Sanedrín, o máxima asamblea deliberativa de los judíos. De

la misma manera que los judíos, los cristianos crearon en diferentes regiones un “concilio de ancianos”. “No descuides el don que está en ti, que te ha sido dado por medio de profecía, con la imposición de las manos del concilio de ancianos” (1 Timoteo 4: 14). La palabra que se traduce aquí como “concilio de ancianos” es también *presbiterion*.

El nombramiento de ancianos era una parte importante en la formación de cada nueva iglesia. Hechos 14: 23 reporta que Pablo y Bernabé “después de haber constituido ancianos para ellos en cada iglesia y de haber orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído”.

Al parecer la iglesia en Jerusalén era gobernada por los apóstoles y ancianos (Hechos 16: 4). Ante el problema a tratar, se reúnen “los apóstoles y los ancianos para considerar este asunto” (Hechos 15: 6). La solución final “le pareció bien a los apóstoles y a los ancianos con toda la iglesia” (Hechos 15: 22).

Lo mismo ocurre en el Asia Menor. Los ancianos son los líderes representativos de las iglesias. “Desde Mileto, Pablo envió a Éfeso e hizo llamar a los ancianos de la iglesia” (Hechos 20: 16). El apóstol Santiago escribe notoriamente que los ancianos estaban llamados a suplir las necesidades específicas de los miembros de iglesia. “¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor” (Santiago 5: 14).

Dentro de las nominaciones eclesiásticas del Nuevo Testamento se menciona la de los *episcopos* u *obispos* (*episkopos*) cuya función se define como la de supervisores y vigilantes del bienestar de la obra de Dios (Hechos 20: 28; Filipenses 1: 1; 1 Timoteo 3: 1, 2; Tito 1: 7; 1 Pedro 2: 25).

También se mencionan los pastores. El pastor (*poimen*) es un título genérico (Efesios 4: 11; Hebreos 13: 17; Cf. 1 Tesalonicenses 5: 12) que describe más una función que un título. Las funciones del pastor son “apacentar” (Juan 21: 16; Hechos 20: 28) y regir (Apocalipsis 2: 27; 12: 5; 19: 15). Es interesante saber que el “pastor” puede cumplir la función de *episcopo* u *obispo*. “Apacentad (*poimánate*) la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella (*episcopontes* = lit. supervisándola), no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” (1 Pedro 5: 2).

El oficio de Episcopo u obispo es intercambiable en el Nuevo Testamento con el de anciano y el de pastor. “A los ancianos (*presbuterous*) entre vosotros les exhorto, yo anciano también con ellos (*sunpresbuteros*: anciano con ellos), testigo de los sufrimientos de Cristo y también participante de la gloria que ha de ser revelada: Apacentad (*poimánate*) el rebaño de Dios que está a vuestro cargo, cuidándolo (*episcopontes*) no por la fuerza, sino de buena voluntad según Dios; no por ganancias deshonestas, sino de corazón” (1 Pedro 5: 1, 2). Pedro entonces sigue llamándole a los ancianos “pastores” (5: 4).

En Hechos 20: 17 se dice que Pablo hizo llamar a los “ancianos” (*presbuterous*) y en el verso 28 les dijo que cuidaran el rebaño de Dios “en el cual el Espíritu Santo os ha puesto como “obispos” (*episkopos*), para “apacentar” o “pastorear” (*poimano*) la iglesia del Señor (20: 28).

En la carta a Tito, el Apóstol Pablo habla del establecimiento de “ancianos en cada ciudad” (Tito 1: 5). Sin embargo, al hablar de las cualidades del anciano a nombrar declara que “es necesario que el obispo sea...” (Tito 1: 5, 7). Eso muestra que el anciano en la iglesia primitiva era una función que compartía

con la de pastor y obispo la tarea de cuidar, supervisar y apacentar como líderes la iglesia de Dios.

Los apóstoles eran también pastores (1 Pedro 5: 1-4) desde el punto de vista funcional. Pero como oficio, los apóstoles tenían autoridad sobre los ancianos-pastores-obispos. Los ancianos eran establecidos bajo la autoridad apostólica (Tito 1: 5). En las cartas pastorales encontramos a un apóstol (Pablo) encomendando a un subalterno (Timoteo, Tito, ¿pastor?) a “establecer ancianos” bajo su autoridad (1 Timoteo 5: 17-19; Tito 1: 5).

En ese sentido la estructura de la iglesia primitiva era en primer lugar apostólica, con autoridad máxima y universal. Un segundo nivel de líderes (como Timoteo y Tito) que tenían autoridad más limitada que la apostólica, pero en múltiples ciudades (Tito 1: 5) y líderes locales (ancianos) con autoridad local. *En la visión del nuevo Testamento el Pastor y obispo es un anciano con autoridad más allá de la iglesia local.* Y el anciano tiene la misma función del obispo y pastor pero en la iglesia local.



CAPÍTULO 3

LA FORMACIÓN DE JOSUÉ COMO LÍDER ASOCIADO DE MOISÉS

1. Josué como el asistente de Moisés

La Biblia le llama a Josué el “ayudante” de Moisés (Éxodo 24: 13; 33: 11; Números 11: 28; Josué 1: 1). Un estudio de esa palabra revela el sentido de la relación entre Moisés y Josué en el Pentateuco. La palabra hebrea *mesaret* viene de la raíz *srt* que tiene el significado general de “servir”.

El verbo aparece 97 veces en el Antiguo Testamento con el sentido de “servir” (Génesis 39: 4; 40: 4), “ministrar” (Éxodo 35: 19; Números 1: 31), “suplir” (Números 4: 9) y “atender” (Esther 2: 2).

En Génesis 39: 4 dice que Potifar “puso [a José] a cargo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía” y añade que José le “servía” (*yisaret*). En el contexto la palabra describe una posición de alta responsabilidad y confianza.

José era el mayordomo de Potifar. Ese mismo sentido de la frase aparece en Proverbios 29: 14: “Si el gobernante atiende a palabras mentirosas, todos sus servidores serán unos impíos”. La palabra traducida como “servidores” tiene el sentido de “officials” (oficiales, ESV), es decir funcionarios subalternos cercanos.

Así la palabra *mesaret* puede sugerir una forma de servicio de alto rango. Del análisis anterior se desprende que Josué era un servidor, asistente de alto rango y cercano a Moisés.

2. Cómo enfrentar conflictos

La primera vez que aparece el nombre Josué en la Biblia (Éxodo 17: 9) es en el contexto de la crisis que desató el ataque amalecita sobre los israelitas en el desierto de Refidim (Éxodo 17: 8-16). Después de la victoria Israelita, en la que Josué es un elemento principal, Dios instruye a Moisés: “Escribe esto en un libro como memorial, y di claramente a Josué que yo borraré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo” (Éxodo 19: 14).

El hecho de que en la primera aparición de Josué en la historia sagrada se haga una alusión a la conquista posterior de los cananeos amalecitas, *sugiere que la crisis debía ser usada como un caso de instrucción y formación como futuro líder del pueblo*. Esa es la razón por lo que Moisés se debía asegurar que Josué retuviera la lección aprendida de la guerra. Ese es el propósito de la expresión “di claramente a Josué”.

La historia ilustra algunos puntos fundamentales del proceso de formación de Josué por parte de Moisés. En primer lugar, Moisés puso a Josué en el frente de la batalla (17: 9) mientras él intercedía ante Dios con la vara y las manos

levantadas (17: 9, 11). Segundo, le transmitió directivas claras y precisas sobre lo que sería su participación (17: 9). Tercero, le dio una visión general de todo el proceso, incluso de lo que no le tocaría hacer a él (17: 9) y finalmente, lo encargó a él a trabajar como líder de otros (17: 9).

Los resultados de este evento y de la instrucción que Josué recibió por parte de Moisés por medio de ese episodio se mostraron mucho tiempo después. En la guerra, mientras Josué peleaba, Moisés se mantuvo con sus manos alzadas con la vara de Dios en su mano (Éxodo 17: 9-13). En la batalla contra la ciudad de Hai, cerca de 40 años más tarde Dios le dijo a Josué: “Extiende la lanza que tienes en tu mano hacia Hai, porque yo la entregaré en tu mano. Josué extendió hacia la ciudad la lanza que tenía en su mano” (Josué 8: 19). Los israelitas vencieron al enemigo “porque Josué no retrajo su mano que había extendido con la lanza, hasta que destruyó a todos los habitantes de Hai” (Josué 8: 26). La lección es clara, Josué aprendió la misma dependencia de Dios y las mismas estrategias de Moisés en la batalla. Por eso, obtuvo el mismo resultado.

3. Compañero de Comunión

La Biblia presenta a Moisés con una relación con Dios especial y diferente a la del pueblo común, incluso a la de otros líderes religiosos. “Si tuvieseis un profeta de Jehovah, yo me manifestaría a él en visión o hablaría con él en sueños. No es así con mi siervo Moisés, quien es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablo con él, en persona” (Números 12: 6-8).

El libro de Éxodo presenta a Moisés subiendo constantemente a la montaña a encontrarse con Dios (19: 3, 20; 20: 18-21; 24: 1, 2, 15-18). En su encuentro con Dios residía la fuente de autoridad y liderazgo de Moisés (Números 12: 1, 2).

Es importante notar que Moisés tomó a Josué a la montaña con él. En el momento de confirmar el pacto entre Dios y el pueblo, Moisés separó a Josué de los demás líderes incluso de Aarón el sacerdote: “Esperadnos aquí hasta que volvamos a vosotros. He aquí Aarón y Hur están con vosotros. El que tenga algún asunto, acuda a ellos” (Éxodo 24: 13, 14). Así vemos a Josué subiendo a una parte más alta de la montaña a encontrar a Dios junto con Moisés. El hecho de que en los versos 15-18 se presenta sólo a Moisés indica que sólo Moisés subió hasta donde estaba la nube, pero que llevó a Josué lo más alto que Dios le permitió para que presenciara la manifestación divina. Éxodo 32: 17 sugiere que Josué estaba con Moisés en alguna parte del monte cuando este recibió la ley para el pueblo.

Más adelante en el relato se nos habla de la “tienda del encuentro” (Éxodo 33: 7). “Cuando Moisés entraba en la tienda, la columna de nube descendía y se detenía a la entrada de la tienda; y Dios hablaba con Moisés” (Éxodo 33: 9). En un sentido la “tienda del encuentro” sustituyó al Monte Sinaí como el lugar del encuentro con Dios.

El texto nos da un detalle adicional importante: “Entonces Jehovah hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo. Después regresaba Moisés al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su ayudante, no se apartaba de la tienda” (33: 11). Aunque Josué no podía entrar a la tienda, Josué se mantenía lo más cerca de Moisés: el joven Josué hijo de Nun, su ayudante, no se apartaba de la tienda”.

Eso indica que, como parte del entrenamiento de Moisés como ayudante de Moisés y futuro líder del pueblo, Moisés lo hizo su compañero en la búsqueda de revelación y dirección divinas. Moisés elevó a su discípulo-líder subalterno a la presencia de Dios.

4. Corrección

Cuando Moisés se quejó con Dios por “la carga de todo este pueblo” (Números 11: 11): “Yo solo no puedo llevar a todo este pueblo, porque es demasiado pesado para mí” (Números 11: 14), Dios le indicó que la solución sería elegir setenta hombres que compartieran su trabajo. (Número 11: 16). “Yo descenderé y hablaré allí contigo, tomaré del Espíritu que está en ti y lo pondré en ellos. Luego ellos llevarán contigo la carga del pueblo, y ya no la llevarás tú solo” (11: 17).

Cuando Dios se manifestó y derramó su Espíritu sobre los setenta elegidos (Números 11: 24-25) quedaron dos, Eldad y Medad, que estaban supuestos a recibir el Espíritu, pero que no fueron al tabernáculo a recibirlo. De todos modos, ellos también recibieron el Espíritu y profetizaron (11: 26-27). Al llegar la noticia a Moisés (11: 27). “Josué hijo de Nun, quien era ayudante de Moisés, desde su juventud, y dijo: ¡Señor mío, Moisés, ¡impídeselo!” (11: 28).

Quien había dado el Espíritu era Dios. Si Eldad y Medad lo habían recibido era porque Dios así lo quería. De modo que aquí encontramos a Josué oponiéndose a la voluntad y soberanía divina. Por otro lado, es posible que la preocupación de Josué estuviese motivada por los celos.

Moisés reconoció la falta en su líder subalterno y ayudante y lo corrigió inmediatamente: “Moisés le respondió: ¿Tienes tú celos por mí? ¡Ojalá que todos fuesen profetas en el pueblo de Jehovah, y que Jehovah pusiese su Espíritu sobre ellos!” (Números 11: 29). Moisés enseñó a Josué que los dones espirituales no dependen del monopolio humano, que la dirección del pueblo se beneficia cuando más comparten el liderazgo espiritual y que los celos son un detrimento a la obra de Dios. Además de todo eso, Moisés mostró que

la corrección es parte del entrenamiento necesario para líderes subalternos.

5. Encargarle tareas de misión

Cuando llegó el momento de entrar a la tierra prometida, Dios instruyó a Moisés a enviar un líder de cada tribu a espiar y explorar la tierra (Números 13: 1, 2). El relato, después de enumerar los nombres de cada uno de los doce espías (13: 4-15), entre los que estaba Josué (13: 8), añade: “Estos son los nombres de los hombres que Moisés envió para explorar la tierra. A Oseas hijo de Nun Moisés le puso por nombre Josué” (13: 16).

Aparentemente la aclaración se debe a que en la lista se le da el nombre de Oseas (Números 13: 8) y era necesario aclarar que Oseas era otro nombre de Josué. Sin embargo, es posible que la adición tenga una función adicional. El cambio de nombre significaba para los israelitas un cambio de estatus o función (Génesis 3: 20; 17: 5; 32: 28; 41: 44, 45). Al indicar, precisamente antes de encargarle una misión, que Oseas por orden de Moisés sería llamado Josué, sugiere que Moisés estaba dotando a Josué con un nuevo nivel de autoridad.

Josué sería el líder del grupo de espías. Como tal, él sería el primero en entrar a la tierra prometida. De paso, le tocaría a él (Aunque Moisés en ese momento no lo sabía) introducir al pueblo a la tierra prometida. De modo que esa primera misión, donde a él le tocaría actuar independiente de Moisés, aunque comisionado por él, sería una preparación esencial para la misión que le esperaba como líder sucesor.

6. Instrucción, Motivación y fortalecimiento

En Deuteronomio, en los discursos de despedida de Moisés, él reporta: “También en aquel tiempo mandé a Josué diciendo: ‘Tus ojos han visto todo lo que Jehovah tu

Dios ha hecho a aquellos dos reyes. Así hará Jehovah a todos los reinos por los cuales tú pasarás. No los temáis, porque Jehovah vuestro Dios, él es el que combate por vosotros” (Deuteronomio 3: 21, 22).

Aquí encontramos varios elementos que son útiles para el tema de la formación de Josué como líder sustituto y asistente de Moisés. En primer lugar, Moisés hace una apelación a lo que Josué ya ha aprendido y observado. Moisés une ese recuento con una motivación a la fe y la confianza. En segundo lugar, Moisés deduce una orden para el futuro: “Así hará Jehovah a todos los reinos por los cuales tú pasarás”.

La cita termina con palabras de motivación y ánimo: No temas, Dios está contigo y peleará en favor del pueblo. Esas palabras están claramente motivadas por el deseo de infundir ánimo en un líder a quien le toca realizar una gran tarea. El mensaje es claro: Tú has visto cómo Dios nos ha apoyado en el pasado cuando yo era quien dirigía, puedes esperar lo mismo en tu ministerio futuro.

El mismo Dios estaba detrás de la estrategia de formación de Josué. Él comisionó a Moisés diciendo: “Pero comisiona a Josué; fortalécelo e infúndele valor, porque él cruzará al frente de este pueblo y les hará tomar posesión de la tierra que tú verás” (Deuteronomio 3: 28).

Hay algunos elementos en la orden de Dios. En primer lugar, Moisés debía comisionar a Josué, es decir, darle la responsabilidad. La palabra traducida como “comisionar” (*tsau*) viene del verbo *tsuh* que en la forma verbal en que aparece (*pi’el*), tiene el sentido no solo de dar órdenes, sino dar instrucciones en cuanto a una determinada misión. Eso indica que Moisés debía no solo ordenar a Josué en cuanto a su tarea, sino proveerle la formación necesaria para

ejecutarla.

En segundo lugar, Moisés debía “fortalecer” a Josué. (Debe aclararse que el texto Hebreo Masorético, tiene ese elemento en el tercer lugar). La palabra traducida como “fortalecer” (*‘ammets*, viene del verbo *‘mts*), tiene el sentido de “hacer firme” (Proverbios 8: 28), “dar estabilidad a algo que es débil” (Isaías 35: 3), “proveer fuerza y autoridad” (Salmos 89: 22), “poner algo en buenas condiciones” (2 Crónicas 24: 13) o repararlo.

En ese sentido la obra de Moisés con Josué incluiría proveerle autoridad, estabilizar su ministerio, dejarlo en condiciones óptimas para desempeñar su misión. Moisés debía literalmente “reparar” cualquier defecto de la vida de Josué a fin de que él tuviera éxito.

En tercer lugar, Moisés debía “infundirle valor” a Josué. La palabra que traduce esa frase (*hazzeqe*) viene del verbo *hzq* que tiene un sentido metafórico de transmitir poder con las palabras. En ese sentido, Moisés debía proveer a Josué con palabras de ánimo que despertaran en él el deseo y la energía necesarias para su tarea.

7. Transferencia de poder

La tarea de ordenación que manda Deuteronomio 3: 28 se desarrolla en Números 27: 18-23 y Deuteronomio 31: 14-23. Estudiemos la versión del libro de Números.

“Luego Jehovah dijo a Moisés: —Toma a Josué hijo de Nun, hombre en el cual hay espíritu, y pon tu mano sobre él. Harás que se ponga de pie delante del sacerdote Eleazar y delante de toda la congregación, y le comisionarás en presencia de ellos. Pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca. El

estará de pie delante del sacerdote Eleazar, quien consultará por él delante de Jehovah mediante el juicio del Urim. A sus órdenes saldrán, y a sus órdenes entrarán él y todos los hijos de Israel con él, toda la congregación. Moisés hizo como Jehovah le había mandado. Tomó a Josué, y lo puso delante del sacerdote Eleazar y delante de toda la congregación. Puso sus manos sobre él y le comisionó, como Jehovah había hablado por medio de Moisés” (Números 27: 18-23).

Dos elementos resaltan en la ceremonia. En primer lugar, Moisés debía colocar la mano sobre Josué. Las ceremonias de imposición de manos en el Antiguo Cercano Oriente y en el Antiguo Testamento comunican un amplio espectro de significados que incluye, transferencia, substitución, confirmación de decisiones legales, reconocimiento, y poner algo o alguien aparte para una función especial.

El acto de imposición de manos en el caso de Josué involucraba que Moisés pusiera “toda tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca” (Números 27: 20). Eso indica que Moisés le estaba transfiriendo la autoridad a Josué.

En la Biblia el carisma y el liderazgo son esencialmente dones divinos que pasan de una persona a otra de acuerdo con el plan divino. Un caso paralelo es el relato de Elías y Eliseo. En su historia, Eliseo pidió a Elías que le transfiera su carisma; lo que, de acuerdo con el plan divino, llega a ocurrir efectivamente (2 Reyes 2).

En segundo lugar, Moisés está transfiriendo todo lo que ha recibido de Dios, de manera formal, sobre Josué. Alguien podría objetar que las cualidades de Josué fueron las que lo calificaron a él, no necesariamente ninguna cualidad transferida por parte de Moisés. Los que piensan así toman

como su punto principal de argumentación la calificación-requisito de Josué, “hombre en el cual hay espíritu” (Números 27: 18), como sugiriendo que Josué contaba con cualidades propias.

Sin negar que, de hecho, Josué fue elegido por sus cualidades y decisiones personales, no se puede soslayar tampoco la idea de que el liderazgo al cual se le llamaba requería más que un carisma o don natural. Nadie podría cumplir la misión especial que Dios tenía para Israel sin un don especial de Dios; y ese don ya Dios lo había otorgado a Moisés. De modo que, desde la perspectiva de Dios, Moisés simplemente tendría que transferirlo.

Es probable que la frase “en el cual hay espíritu”, no se refiera a las cualidades personales de Josué, tales como energía, deseo o ánimo. La probable interpretación es que la frase se remite al episodio de Números 11 donde Dios colocó “del espíritu de Moisés” sobre 70 varones de Israel (Números 11: 25), entre los que estaba presumiblemente, Josué (Números 11: 28). Eso indica que el liderazgo de Josué sobre el pueblo fue un asunto de transferencia.

8. Presentación al pueblo

Un detalle adicional y trascendente en la historia de la formación de Josué por parte de Moisés es el que tiene que ver con su presentación ante el pueblo. El texto dice que Moisés debía poner a Josué “delante de todo el pueblo” (Números 27: 19).

El libro de Deuteronomio (31: 3, 7) es más explícito sobre los detalles. En la hora decisiva de su ministerio, en los umbrales de la tierra prometida, después que él había

entregado su vida para llevar al pueblo a los bordes de Canaán, Moisés tuvo que enfrentar la realidad de que no sería él quien culminaría la empresa iniciada con el Éxodo (Deuteronomio 4: 21, 22).

“Fue Moisés y habló todas estas palabras al pueblo (Deuteronomio 31: 1). “Jehová tu Dios, él pasa delante de ti; él destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás; Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho”. (31: 3). En sentido práctico, Moisés está diciendo, ya no soy yo, sino él, mi subalterno, el líder de ahora en adelante. El futuro está con él y no conmigo.

Moisés tuvo que tener el coraje de decirlo expresamente al pueblo. “Y llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: Esfuérzate y ámate; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides” (Deuteronomio 31: 7, 8).

Moisés primero le habló al pueblo acerca de Josué, y luego le habló a Josué en presencia de todo el pueblo. *Los líderes subalternos deben recibir ante el pueblo el reconocimiento y honra que Dios les ha conferido. Esa acción debe ser realizada por los líderes de primer rango.*

9. El Resultado

Esta exposición ha mostrado los datos relevantes en cuanto a la formación de Josué como líder subalterno y sucesor de Moisés.

- a. Josué fue llamado oficialmente “ayudante”, es decir, el fue oficialmente en esa posición como alguien cercano al círculo de liderazgo.

b. Moisés instruyó a Josué en cuanto a los valores de la organización (teología: Dios, sus leyes, su pueblo, la historia), y en cuanto los requerimientos necesarios para un ser un líder.

c. Resolución de Conflicto. Moisés instruyó a Josué sobre las estrategias para resolver conflictos y lo puso en posición directa para triunfar sobre ellos.

d. Formación Espiritual. Moisés tomó a Josué en sus peregrinaciones a la montaña o al tabernáculo para encontrarse con Dios. De ese modo le enseñó por ejemplo los fundamentos de formación espiritual indispensable en el liderazgo espiritual.

e. Moisés proveyó adecuada corrección al carácter, acciones y aptitudes de Josué. Lo hizo con firmeza y al mismo tiempo, con tacto. Pero más que todo Moisés tomó la oportunidad de los errores para enseñarle a Josué una dimensión diferente del liderazgo desconocida para él.

f. Moisés proveyó también de buena motivación y palabras de encomio y ánimo. Le aseguró la dirección divina, la seguridad de su éxito personal y de las cualidades que debía tener para conseguirlo.

g. Moisés encargó a Josué tareas limitadas pero específicas de misión. Él sería el sucesor, por lo tanto, debía en su preparación enfrentar con la ayuda de su mentor, las dificultades que le tocaría enfrentar en el futuro a él solo.

h. Moisés honró a Josué a la vista de todo el pueblo. El pueblo no debió percibir fricciones entre ellos; no

rivalidad, celos ni traición. El pueblo debía ser testigo del plan y progreso de la formación de Josué.

i. Finalmente Moisés transfirió públicamente todo su poder, autoridad y liderazgo a Josué a la vista de todo el pueblo. Esa es la última parte de la formación, donde el líder subalterno finalmente es el líder a cargo; y el líder a cargo toma un paso atrás y confía en la dirección de Dios para su pueblo y en que el proceso de formación dará los resultados esperados y adecuados.

¿Cuál fue el resultado de todo ese proceso? La Biblia lo reporta en varios lugares y de varias maneras: “Y Josué hijo de Nun fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él; y los hijos de Israel le obedecieron, e hicieron como Jehová mandó a Moisés” (Deuteronomio 34: 9).

Todo el liderazgo de Moisés fue pasado a Josué y la mano de Dios estuvo con él. Eso se lo prometió el mismo Dios a Josué al decirle: “Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé” (Josué 1: 5).

Josué vivió una larga y bendecida vida. Él introdujo al pueblo a la tierra prometida y enfrentó en medio de éxitos y fracasos todos los desafíos de la conquista de Canaán y del asentamiento de Israel en la tierra prometida. Pero más importantemente, Josué continuó la tarea que Moisés realizó con él. Él formó a toda una generación de ancianos que le sobrevivieron y mantuvieron al pueblo en los parámetros de fidelidad a Dios. “Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que sabían todas las obras que Jehová había hecho por Israel” (Josué 24: 31).



C A P Í T U L O 4

LA FORMACIÓN DE TIMOTEO COMO LÍDER ASOCIADO DE PABLO

1. Historia Preliminar

Partiendo de la información bíblica, no se sabe mucho acerca de cómo Timoteo llegó al conocimiento de la verdad cristiana. Aunque la tradición ha asumido que él fue un converso de pablo y Bernabé en un viaje anterior, la primera vez que su nombre aparece en el registro de Hechos es en el relato del segundo viaje misionero de Pablo, y ya como un creyente (Hechos 16: 1-3).

Al parecer Timoteo creció en un hogar religiosamente disfuncional. Su padre era “griego” (Hechos 16: 2-3) mientras que su madre era judía (Hechos 16: 1). Es muy probable que la autoridad e influencia del padre hayan contribuido a que Timoteo se educara y reconociera no como un judío, sino como un gentil.

Aunque tradicionalmente una persona podía ser considerada judía por ser de madre judía, la consecución de esa costumbre es de dudosa atestación en el primer siglo. Una evidencia adicional de que Timoteo no fue criado como un judío es el hecho de que no fue circundado en su infancia ni él tomó la decisión al crecer (Hechos 16: 3). El relato bíblico relaciona su estado de incircunciso con su padre griego. Pablo “lo circuncidó por causa de los judíos que estaban en aquellos lugares, porque todos sabían que su padre era griego” (Hechos 16: 3). Eso indica que el hecho de ser de padre griego daba fundamento a la idea de que él había sido educado y formado como gentil.

Sin embargo, su madre era judía. El hecho de que ella se casara con un gentil y que su hijo no fuera circuncidado, pueden sugerir que su madre no era estrictamente una judía practicante de acuerdo con las normas de la época.

Sus padres, o fueron separados o el padre había muerto temprano, que es más probable, pues Pablo tomó la iniciativa de circuncidarlo y llevarlo con él, siendo Timoteo, al parecer un joven (Hechos 16: 3).

La Biblia, de todos modos, presenta algunos datos adicionales que nos dan una idea de la formación de Timoteo. Su abuela se llamaba “Loida” y su madre “Eunice”. Ambas eran creyentes cristianas. La información no detalla si la abuela fue cristiana primero que la madre o si ambas se convirtieron al mismo tiempo, pero sí es claro que ellas llegaron a ser creyentes “primero” (*protos*) que Timoteo. “Traigo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy convencido de que también en ti” (2 Timoteo 1: 5).

Sea como judías o como cristianas, Loida y Eunice, la abuela y la madre, educaron a Timoteo con conocimiento de la verdad. Pablo le recordó a Timoteo que “desde la niñez has conocido las Sagradas Escrituras” (2 Timoteo 3: 15).

El relato de Hechos lo presenta residiendo entre las ciudades de Derbe y Listra. Se le llama un “discípulo”, es decir, en algún momento Timoteo había asumido el compromiso de la fe cristiana. “Él era de buen testimonio entre los hermanos en Listra y en Iconio” (Hechos 16: 2). El relato lucano nos informa que “Pablo quiso que éste fuera con él” (Hechos 16: 3). Algunas razones, probablemente, influenciaron la decisión de Pablo:

- a. Timoteo era de “de fe no fingida”. Es decir, una persona comprometida y sincera en cuanto a su fe. (2 Timoteo 1: 5).
- b. Timoteo era de buen testimonio en las iglesias. (Hechos 16: 2).
- c. Timoteo era conocedor de las Escrituras (2 Timoteo 3: 15).
- d. Timoteo era de etnicidad mixta. Ese hecho, ser judío y griego, era esencial en el ministerio de Pablo, quien tenía como misión al mundo gentil, pero basaba su ministerio en los territorios ya alcanzados por la religión judía.

Así comienza la historia de una relación de Pablo como pastor/apóstol con un líder asistente (Timoteo) que impactaría la historia y crecimiento de la iglesia primitiva y cuyo estudio presenta lecciones de liderazgo para los pastores de hoy en cuanto a su relación con sus líderes asociados.

2. Ordenación

Al igual que en el Antiguo Testamento (vea el caso de Josué), la ordenación o comisión de una persona para el ministerio estaba relacionada con la acción de imposición de manos. Cuando los apóstoles se vieron en la necesidad de delegar parte de su ministerio a otros líderes capacitados, la iglesia eligió a siete hombres quienes los apóstoles autorizaron como sus representantes autorizados. “Presentaron a éstos delante de los apóstoles; y después de orar, les impusieron las manos” (Hechos 17: 6). La imposición de manos les daba a ellos la libertad de actuar en lugar de los apóstoles con autoridad eclesial.

En la iglesia de Antioquía, cuando, por obra del Espíritu Santo, la iglesia apartó a Pablo y Bernabé para el ministerio, la iglesia les impuso las manos. “Habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hechos 13: 3).

En la iglesia primitiva la “doctrina” de la imposición de manos era considerada como algo básico, “elemental” (Hebreos 6: 1), parte de los “rudimentos” de la fe (Hebreos 5: 12) junto con el bautismo, el arrepentimiento, la resurrección y el juicio (Hebreos 6: 1-3). Desde esa perspectiva no es raro descubrir que Timoteo haya sido ordenado con el rito de imposición de manos.

El “presbiterio” (*presbuterion*) era el concilio de Ancianos en la religión judía (Lucas 22: 66; Hechos 22: 5). Al parecer la iglesia cristiana mantuvo un concilio de ancianos análogo a su contraparte judía (1 Timoteo 4: 14).

No tenemos mucha información sobre el sistema u operación de ese concilio, pero sí sabemos que el acto de imposición de manos para el puesto de anciano fue delegado a ese cuerpo. Pablo exhorta a Timoteo a no descuidar “el don que está en ti, que te ha sido dado por medio de profecía,

con la imposición de las manos del *concilio de ancianos*” (1 Timoteo 4: 14).

En 2 Timoteo 1: 6 Pablo menciona la “imposición de mis manos”, lo que implica que Pablo era parte o tal vez presidió el concilio de ancianos que autorizó y ordenó a Timoteo al santo ministerio de líder asociado.

Cabe destacar que la ordenación fue vista por el apóstol Pablo como un “don” (*charisma*) o como incluyendo un don especial de Dios para el recipiente (1 Timoteo 4: 14; 2 Timoteo 1: 6). Así Timoteo fue autorizado por la Iglesia para ser un representante apostólico con la autoridad y dones correspondientes.

3. Una visión del futuro

El carisma o don que recibió Timoteo al momento de su ordenación le fue dado “por medio de profecía” (1 Timoteo 4: 14). El don de profecía era una parte esencial del ministerio de la iglesia primitiva (Hechos 13: 1; 21: 9; Romanos 12: 6; 1 Corintios 12: 28; Efesios 2: 20; 3: 5; 4: 11).

El don de profecía consistía en la enseñanza y exhortación autoritativa que se originaba en la obra del Espíritu. Eso parece estar en acuerdo con la enseñanza bíblica (Hechos 2: 27; 1 Corintios 11: 4, 5; 14: 4, 5, 6, 29).

Lo anterior indica que Timoteo en el momento de su ordenación recibió una exhortación o “encargo” autoritativo que delineó los parámetros de su ministerio. Pero el don de profecía también incluía una visión de los acontecimientos futuros.

De acuerdo con Timoteo 1: 18 es probable que las “profecías” en la ordenación de Timoteo incluyeran otro aspecto importante: “Este mandamiento te encargo, hijo Timoteo, conforme a las profecías que antes se hicieron acerca de ti, para que milites por ellas la buena milicia”.

El mandamiento, o instrucciones (*parangelia*) es un encargo, fundamento de las profecías que “antes” se habían dado en relación con Timoteo. Así, junto con su ordenación, Timoteo recibió una visión de su futuro como ministro y de las líneas de conducta que debía seguir para realizarlo.

4. Relación de Pablo y Timoteo

Al Timoteo ser ordenado se convirtió en un compañero de Pablo. “Pablo quiso que fuera con él” (Hechos 16:3). Así Timoteo se convirtió en un “colaborador” (*sunergós*) de Pablo, es decir, un ayudador o compañero de trabajo (Romanos 16: 21; 1 Tesalonicense 3: 2). Hebreos 13: 23 nos muestra a Pablo esperando a Timoteo para poder seguir su misión de visitación de las iglesias. Timoteo regularmente era un “acompañante” o “colaborador” de Pablo (Hechos 20: 4)

Pablo llama a Timoteo su “hijo” (1 Timoteo 1: 18; 2: 1), “verdadero hijo en la fe” (1 Timoteo 1:2), “amado hijo” (2 Timoteo 1:2), y “fiel y amado hijo” (1 Corintios 4:17). Si tomamos en cuenta la posibilidad de que el padre de Timoteo haya muerto cuando este era joven y que Pablo tomó la decisión de su circuncisión (Hechos 16: 3), acción que le tocaba al padre (Génesis 21: 4; Hechos 7: 8), entonces, la relación de padre-hijo entre Pablo y Timoteo era más que espiritual.

Esa relación de “padre” en relación con Timoteo la mostró Pablo mostrando un interés en la vida personal de Timoteo. “De aquí en adelante no tomes agua; usa, más bien, un poquito de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Timoteo 5: 23). A Pablo le interesaba el bienestar de Timoteo y le prescribía su conducta para su bien como un padre a un hijo.

Eso hace que las amonestaciones de Pablo a Timoteo estén tintadas con un toque personal e íntimo: “Me he acordado de tus lágrimas y deseo verte para ser lleno de

gozo” (2 Timoteo 1: 4). Pablo le importaba el sufrimiento personal de Timoteo y le mostraba a su joven colaborador mucho afecto.

Timoteo sabía que podía confiar en Pablo. Sabía que las acciones de Pablo con él tenían un buen motivo: “Pero el propósito del mandamiento es el amor que procede de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida” (1 Timoteo 1: 5).

Al final de su vida, probablemente la última carta que Pablo escribió fue a Timoteo. Cuando ya Pablo sabía que “el tiempo de su partida había llegado” (2 Timoteo 4: 6), fue a Timoteo a quién Pablo rogó “procura venir pronto a verme” (2 Timoteo 4: 9), y otra vez “procura venir antes del invierno” (2 Timoteo 4: 21).

Si Timoteo logró llegar a donde estaba Pablo, no lo sabemos. Si, por otro lado, el deseo de Pablo se cumplió, entonces, su hijo en la fe y compañero de misiones estuvo con el apóstol hasta el final de su ministerio.

5. Entrenamiento Teórico

¿Cómo entrenó Pablo a su colaborador asociado Timoteo? No sabemos con certeza los detalles. Pero por un estudio detenido de las castas de Pablo a Timoteo y de otros documentos del Nuevo Testamento podemos descubrir algunos elementos. Comenzaremos delineando los elementos que llamaremos “teóricos” de la formación de Timoteo como un líder asociado.

a. Motivación

Motivación es una parte importante de toda formación de un líder. Pablo recordó a Timoteo que el ministerio era un privilegio otorgado por la gracia de Cristo (1 Timoteo 1: 12-17). Dios hace sus grandes ministros de los más grandes

pecadores. La gracia es siempre “más abundante” (v. 14) que las faltas del pasado.

Pablo deja saber a Timoteo que él lo tiene en gran estima. Habla de su “fe no fingida que hay en ti” (2 Timoteo 1: 5) y le llama “hombre de Dios” (1 Timoteo 6: 11). Pablo insta a Timoteo a “avivar” la llama de carisma que Dios puso en él “porque no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1: 6, 7).

Más que todo, Pablo deja saber a Timoteo que él es un tópico rutinario en sus conversaciones con Dios. “Doy gracias a Dios, a quien rindo culto con limpia conciencia como lo hicieron mis antepasados, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones de noche y de día” (2 Timoteo 1: 3).

b. Teología

Pablo urgió a Timoteo a “mantener” la fe (1 Timoteo 1: 19). Es decir, Pablo le subrayó la importancia de la pureza doctrinal. La iglesia es “columna y apoyo de la verdad”, por lo que sus líderes deben estar comprometidos con la verdad, y la “sana” (2 Timoteo 4: 3) o “buena doctrina” (1 Timoteo 4: 6) o enseñanza (*didaskalía*).

En su última carta le exhortó: “Ten presente el modelo de las sanas palabras que has oído de mí, en la fe y el amor en Cristo Jesús” (2 Timoteo 1: 13) Antes le había instado a ser “buen ministro de Jesucristo, nutrido de las palabras de la fe y de la buena doctrina, la cual has seguido de cerca” (1 Timoteo 4: 6).

En sus cartas a Timoteo encontramos claramente delineadas las doctrinas de las Sagradas Escrituras (2 Timoteo 3: 15-16), la experiencia de la salvación (1 Timoteo 1: 12-17; 2: 4; 4: 10), de la vida cristiana (1 Timoteo 2; 2 Timoteo 2: 20-26), de la ley (1 Timoteo 1: 8-11), de Cristo (2 Timoteo 2:

8) su encarnación (1 Timoteo 3: 16), su sacrificio (1 Timoteo 2: 6), su resurrección (2 Timoteo 4: 8), su ascensión (1 Timoteo 3: 16), su ministerio actual (1 Timoteo 2: 5), de la iglesia (1 Timoteo 3: 15), del ministerio cristiano (1 Timoteo 1: 12; 3: 1-13; 4: 14), de los procedimientos eclesiásticos (1 Timoteo 5: 1-24) de los últimos días (1 Timoteo 4: 1; 2 Timoteo 3: 1) y de las falsas doctrinas (1 Timoteo 4: 1-5).

Para Pablo ser “un buen ministro de Cristo” equivale a estar “nutrido de las palabras de la fe y de la buena doctrina” (1 Timoteo 4: 6) Él confía que Timoteo ha adquirido una sólida formación doctrinal: “Pero tú has seguido de cerca mi enseñanza, conducta, propósito, fe, paciencia, amor, perseverancia” (2 Timoteo 3: 10).

Por eso le instó a persistir “en lo que has aprendido y te has persuadido, sabiendo de quienes lo has aprendido” (2 Timoteo 3: 14). Su mayor admonición fue: “ten cuidado de ti mismo y de la doctrina” (1 Timoteo 4: 16).

c. Relaciones Humanas

Pablo enseñó a Timoteo a relacionarse con los demás, especialmente los miembros de la iglesia. Fue específico en cuanto a los detalles del trato al “anciano” (1 Timoteo 5: 1) a los jóvenes como él (5: 1), a las señoritas (5: 2) y a las mujeres maduras (5: 2), especialmente las viudas (5: 3-16).

Le instruyó sobre cómo tratar a los líderes (5: 17-19) y a los líderes en perspectiva (5: 22) y cómo lidiar con las faltas ajenas (5: 20, 24-25) y con los ricos (1 Timoteo 6: 17).

d. Principios de liderazgo

Pablo presentó a Timoteo algunos principios fundamentales del liderazgo cristiano. En primer lugar, consideró el liderazgo como un “don” de Dios (1 Timoteo 4: 14) destinado a “salvar”, en primer lugar, “a ti mismo” y a los que te escuchan” en segundo lugar (1 Timoteo 4: 16).

Le mostró que no debía sentirse menos que otros a pesar de su juventud (1 Timoteo 4: 12). Le recalcó que el líder es más conocido por sus hechos que por sus palabras: “sé ejemplo para los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en fe y en pureza” (1 Timoteo 4: 12). Un líder cristiano es “un obrero aprobado que no tiene de qué avergonzarse” (2 Timoteo 2: 15).

Más aún Pablo le resumió las tareas que componen la obra del ministerio: “Te requiero delante de Dios y de Cristo Jesús, quien ha de juzgar a los vivos y a los muertos, tanto por su manifestación como por su reino: Predica la palabra; mantente dispuesto a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende y exhorta con toda paciencia y enseñanza” (2 Timoteo 4: 1-2).

Le mostró que el liderazgo cristiano no se realiza en un terreno fácil. “Pero tú, sé sobrio en todo; soporta las aflicciones; haz obra de evangelista; cumple tu ministerio” (2 Timoteo 4: 5).

e. *Prioridades*

Uno de los grandes principios de liderazgo lo encontramos en el libro de Nehemías. Un líder debe saber cuáles son sus prioridades e identificar sus distracciones. Pablo insistió en ese aspecto en su instrucción a Timoteo.

Pablo usó expresiones claves para resaltar lo que él quería que Timoteo percibiera como prioridades. Expresiones tales como “procura...” (2 Timoteo 2: 15; 4: 9) “no descuides...” (1 Timoteo 4: 14), “dedícate a...” (1 Timoteo 4: 15), “ten cuidado de...” (1 Timoteo 4: 16), “acuérdate de...” (2 Timoteo 2: 8), “persiste en...” (2 Timoteo 3: 14), “ocúpate en...” (1 Timoteo 4: 13) delinear claramente cuáles eran las acciones que debían constituir el ministerio de Timoteo (Croft, 2015).

Por otro lado, Pablo también identificó las posibles distracciones de las que Timoteo debía huir para tener un ministerio exitoso. Timoteo debía evitar las enseñanzas sin sentidos: “Desecha las fábulas profanas y de viejas, y ejercítate para la piedad” (1 Timoteo 4: 7), debía alejarse de caer en la trampa de la simple argumentación “guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas y vanas palabrerías y los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Timoteo 6: 20).

Las meras discusiones doctrinales no sirven para nada. Le aconsejó que enseñe a sus feligreses a evitar también las distracciones. “Recuérdales esto, requiriéndoles delante de Dios que no contiendan sobre palabras, que para nada aprovecha, sino que lleva a la ruina a los que oyen” (2 Timoteo 2: 14).

Timoteo debía procurar presentarse a Dios aprobado, haciendo buen uso de la palabra de verdad (2 Timoteo 2: 15) mientras debía evitar “las profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad” (2 Timoteo 2: 16).

6. Entrenamiento Práctico

Pablo no solo dio instrucciones teóricas a Timoteo, también le enseñó en materias más prácticas de la fe. A continuación, se presentarán seis áreas en las que el entrenamiento práctico de Pablo a Timoteo se enfocó:

a. Responsabilidades

Pablo asignó responsabilidades específicas a Timoteo: “Como te rogué cuando partí para Macedonia, quédate en Éfeso, para que requieras a algunos que no enseñen doctrinas extrañas” (1 Timoteo 1: 3).

Al delegar responsabilidades a Timoteo, Pablo estaba dando fe de la confianza que le tenía, así como de la capacidad

que le atribuía. Junto con la responsabilidad viene también una autorización o delegación de poder.

b. *Co-Evangelista*

El libro de Hechos nos presenta a Timoteo como un acompañante de evangelismo de Pablo. Incluso, en una ocasión, cuando Pablo tuvo que salir de una ciudad, Timoteo se quedó haciendo la obra del apóstol (Hechos 17: 14, 15).

A la iglesia en Corintio Pablo le habló del evangelio predicado “por nosotros”, es decir, “por mí, por Silas y por Timoteo” (2 Corintios 1: 19). Eso indica que Timoteo estuvo involucrado activamente en la predicación del apóstol.

c. *Enviado*

El libro de Hechos presenta a Pablo enviando a Timoteo a misiones específicas (Hechos 19: 22). A los Filipenses Pablo les escribió: “Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo” (Filipenses 2: 19).

A los tesalonicenses Pablo les recordó que “enviamos a Timoteo, nuestro hermano y colaborador de Dios en el evangelio de Cristo, para afirmaros y animaros en vuestra fe” (1 Tesalonicenses 3: 2) y les informó que Timoteo le había dado buenas noticias de ellos (3: 6).

d. *Representante*

En su carácter de enviado del apóstol, Timoteo actuaba como representante de Pablo en la ausencia de Pablo: “Por esto, os he enviado a Timoteo, quien es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os hará recordar mi proceder en Cristo Jesús, tal como lo enseñé por todas partes en todas las iglesias” (1 Corintios 4: 17).

e. *Coescritor*

Uno del hecho más pasados por alto en el estudio del

Nuevo Testamento es que muchas de las cartas de Pablo no fueron escritas solo por el apóstol Pablo. La frase “y Timoteo” que ocurre en 2 Corintios 1: 1; Filipenses 1: 1; Colosense 1: 1; 1 Tesalonicenses 1: 1; 2 Tesalonicenses 2: 1, Filemón 1: 1 añadido al nombre del remitente de la carta (Pablo) al menos indica que las cartas fueron enviadas en el nombre de los dos.

Eso indica que en algo tan importante y sensitivo como la formación de los escritos inspirados, Pablo incluyó a Timoteo.

f. *Supervisión*

No existe ningún entrenamiento efectivo sin supervisión. Y Pablo no solo delegaba a Timoteo sino también que supervisaba su obra. “Te escribo esto, esperando ir a verte pronto, para que, si me tardo, sepas cómo te conviene conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad” (1 Timoteo 3; 15). Pablo pensaba ir a donde estaba Timoteo para darle instrucciones y evaluarlo críticamente.

7. La siguiente Generación

Pablo no solo se dedicó a la instrucción de Timoteo, sino que se aseguró que Timoteo hiciera lo mismo con sus líderes subalternos de modo que el proceso se siguiera de generación en generación.

2 Timoteo 2: 2 presenta de manera clara la filosofía y propósito de Pablo: “Lo que oíste de parte mía mediante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

Pablo se presenta como el principio de la cadena de formación. Timoteo es el segundo eslabón. Timoteo, por su parte, debía delegar a “hombres fieles “que a su vez serían idóneos para enseñar también a otros”. Con ese proceso

Pablo garantizaba que la instrucción pasara a lo menos a tres generaciones fuera de él.

Por eso Timoteo debía ser cuidadoso al nombrar a los líderes subalternos. Debía seguir estrictamente las reglas establecidas por Pablo (1 Timoteo 3: 1-13). No debía llevarse por la presión de grupo o la influencia personal al elegir sus líderes asociados. “No impongas las manos a ninguno con ligereza, ni participes en pecados ajenos; consérvate puro” (1 Timoteo 5: 22). Ese último texto indica que el acto de imposición de manos que inició a Timoteo en el ministerio debía ser administrado por el mismo Timoteo a otros. Así se seguiría la cadena infinita del ministerio cristiano.

8. Reconocimiento

No debe terminarse un esbozo de la obra de entrenamiento de Pablo para con Timoteo sin incluir el hecho de que la persona instruída acaba con la autoridad el maestro. El discípulo debe contar con el reconocimiento y honor del líder.

En su primera carta a los Corintios Pablo escribe a la iglesia: “Si llega Timoteo, mirad que esté con vosotros sin temor; porque él trabaja en la obra del Señor, igual que yo” (1 Corintios 16: 10).

La expresión “igual que yo” sugiere el lugar de honor en que Pablo tenía a Timoteo y en el que esperó que la iglesia también reconociera. “Por tanto, nadie le tenga en poco; más bien, encaminadlo en paz para que venga a mí, porque le espero con los hermanos” (16: 11).

Todo pastor debe tener como meta personal que cada anciano, o líder subalterno, sea tan capaz, reconocido y honrado “igual que yo”.



CAPÍTULO 5

EL CREYENTE COMO MINISTRO EN LOS ESCRITOS INSPIRADOS

1. El sacerdocio universal en el Edén

Muchos autores reconocen en la acción divina de vestir a nuestros primeros padres con “túnicas de pieles” una ilustración del proceso de salvación y justificación. Al pecar, ellos perdieron su vestidura de inocencia (Génesis 2: 25), se “dieron cuenta que estaban desnudos” (Génesis 3: 7) y “cocieron hojas de higuera como delantales” (Génesis 3: 7).

Al Dios quitarle sus vestiduras y usar otras que conllevaran el sacrificio de un animal es una clara ilustración del proceso cuando Dios nos quita las ropas de nuestra justicia (Apocalipsis 3: 18; Isaías 64: 6) y nos viste con las ropas de la justicia de Cristo provistas por el “cordero que fue muerto desde el principio de mundo” (Apocalipsis 13: 8).

Ese significado, verdadero como puede ser, falla en incluir el completo sentido de la acción divina. El texto no solo dice que ellos fueron vestidos, sino que la acción de vestirlos fue la acción divina, y que fueron vestidos con *túnicas*.

La palabra usada para “túnicas” (*ketonoth*) indica la “función”, “posición” o “estatus” de la persona, normalmente un cambio de estatus o posición relacional (Génesis 37: 3, 23; Éxodo 28: 39; Levítico 16: 4; 1 Samuel 2: 19; 19: 24). Al Dios vestirlos con túnicas les estaba señalando que él los estaba colocando en un nuevo nivel o estatus, que ya no eran simples y condenados pecadores.

La acción de vestir a otro (*lbs*) se aplica en la Biblia sólo en el caso de los reyes (Genesis 41: 42; 1 Samuel 17: 38) y de los sacerdotes (Éxodo 28: 41; 29: 8). Solo los reyes y sacerdotes eran vestidos en su acto inaugural por otra persona superior. Al Dios no permitir que Adán y Eva se vistieran, sino que realizó esa acción él mismo con ellos, les estaba *elevando a una posición* que en el futuro sólo le correspondería a los reyes y sacerdotes.

Después de creer en la promesa (v. 20) y de recibir el sacrificio (v. 21) Dios invistió a la pareja como reyes y sacerdotes. Como sacerdotes, la primera pareja tendría libre acceso a Dios, y así se salvaría la separación que el pecado había causado. Con esto Dios mostraba que cada hijo de la humanidad que creyera en la promesa y aceptara el sacrificio de Cristo en su favor, sería constituido en *un rey y sacerdote* en el pueblo elegido.

2. Pacto como entrada a la comunidad de la Fe

En el Antiguo Testamento, la forma de alguien hacerse parte de la comunidad del pueblo elegido era por medio de

la aceptación de las estipulaciones del pacto y sus ritos de iniciación. De modo que el equivalente al nuevo creyente o creyente en perspectiva en el Antiguo Testamento era la persona que entraba en relación de pacto con Dios.

Sería bueno estudiar cómo todo el pueblo de Israel entró en relación de pacto con Dios. Existe abundancia de información que puede ser usada para responder nuestros interrogantes particulares. El Antiguo Testamento no solo habla de un pacto sino también, por medio del profeta Jeremías, habla de la creación de un nuevo pacto de Dios con su pueblo.

Se ha producido una enorme cantidad de información en relación con el tema del pacto en la teología. El pacto del Sinaí y el “Nuevo Pacto” han tenido la mayor atención. La particular relación entre estos dos pactos normalmente es el foco de mayor estudio. La interpretación del texto de Jeremías 31: 31-34 es un factor clave en esta discusión.

Un elemento importante de este “nuevo” pacto es la aparente anulación de la “enseñanza” en relación con Dios: “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jeremías 31: 34).

El presente estudio pretende iluminar esta consecuencia particular del nuevo pacto. Sostiene que este “efecto” del pacto era parte del plan original en el Pacto del Sinaí. Por lo tanto, el nuevo pacto, en esta cláusula específica, implica una restauración del ideal divino, no cumplido en el pacto del Sinaí.

3. El nuevo pacto en Jeremías

Comenzamos nuestro estudio aclarando la profecía del

“nuevo pacto” en Jeremías. En primer lugar, es importante tener en cuenta que Jeremías se ve a sí mismo como un “nuevo Moisés”.

a. *Jeremías como un nuevo Moisés*

En la sección del “llamado de Jeremías” (Jeremías 1: 4-10) hay una clara semejanza con el llamado de Moisés en Éxodo 3 y 4: “Entonces dijo Moisés a Jehová [...] soy tardo en el habla y torpe de lengua” (4: 10). Jeremías dijo: “¡Ah, ah, Señor Jehová! ¡Yo no sé hablar, porque soy un muchacho!” (Jeremías 1: 6).

La respuesta de Dios a Jeremías señala a la profecía acerca del “nuevo Moisés” en Deuteronomio 18: 15-18. La expresión “Me dijo Jehová” (*vayomer YHWY ‘aly*) en Jeremías 1: 7 (y 9, 12, 14; 3: 6, 11; 11: 6, 9) está tomada de Deuteronomio 18: 17: “Y Jehová me dijo:” (*vayomer YHWY ‘aly*).

Dios le dice a Jeremías: “dirás todo lo que te mande” (1: 7) y también: “He puesto mis palabras en tu boca” (1: 9). Precisamente estas dos expresiones se incluyen en la profecía del “nuevo Moisés” en Deuteronomio 18: 18: “Un profeta como tú (*como Moisés*) les levantaré en medio de sus hermanos; *pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande*”.

Todo esto indica que Dios quería que Jeremías cumpliera un ministerio paralelo a este de Moisés. En este sentido, “siendo el profeta como” Moisés, Jeremías es el personaje adecuado para anunciar un “nuevo pacto” entre Dios e Israel, como hizo Moisés en el Sinaí.

b. *Un Nuevo Pacto*

Jeremías profetizó en un momento de crisis nacional y apostasía general. Jeremías, más que cualquier otro profeta, hizo hincapié, no sólo en los pecados de la gente, sino en la

imposibilidad de una verdadera obediencia. “¿Podrá cambiar el etíope su piel y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer el bien, estando habituados a hacer lo malo?” (Jeremías 13: 23).

Lo que era evidente, sin embargo, a los que contemplaban el pasado de Israel no era que la nación no se había negado a obedecer la ley solamente, sino que de hecho era incapaz de obedecerla. Esta situación hace necesario el establecimiento de un “nuevo” pacto. Jeremías 31: 31-34 representa lo que bien podría ser considerado como el punto más elevado de la teología de Jeremías. Sin duda, es uno de los pasajes más profundos y más conmovedores de toda la Biblia.

“Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día en que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: "Conoce a Jehová", porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová. Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31: 31-34).

La profecía del Nuevo Pacto (Jeremías 31: 31-34) está organizada de la siguiente manera:

A- El Nuevo pacto (v. 31).

B- Contraste con el Antiguo Pacto (v. 32).

A- El Nuevo pacto (v. 33a).

B- Contraste con el Antiguo Pacto (vv. 33b-34).

La expresión “haré un nuevo pacto” en el v. 31 es paralela a “este es el pacto que haré” en el v. 33. La secuencia de cada mención de la nueva alianza es un contraste entre el nuevo y el antiguo. Por lo tanto: “No como el pacto que hice con sus padres” en el v. 32, está relacionado con la lista de beneficios del nuevo pacto en los vv. 33b-34. Esta estructura indica que estos beneficios de la nueva Alianza se presentan como contraste al Pacto del Sinaí.

c. *Continuidad y suspensión*

Estos beneficios son: a) la ley en sus corazones, b) no hace falta la enseñanza sobre Dios, “porque todos me conocerán”, c) el perdón divino: “perdonaré [...] y no me acordaré más de su pecado”.

Esto no es una indicación de que estos beneficios no estaban disponibles en el Pacto del Sinaí. Estos beneficios no son nuevos. En realidad, este “nuevo pacto” *eresht hadasha*’ no es totalmente nuevo. Es la misma ley que será escrita en sus corazones. Esta es la misma promesa de pacto: “yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Génesis 17: 7, 8; Éxodo 6: 7; Levítico 26: 11, 12; Deuteronomio 29: 13).

Pero el nuevo pacto no puede ser meramente un pacto del Sinaí renovado tal como el que aconteció en las llanuras de Moab (Deuteronomio 5: 2-3; 29: 1), en Siquem (Josué 24), o en el tiempo del rey Josías (2 Reyes 23). Es claro en el texto que Dios quiere establecer un claro contraste con el antiguo pacto.

Este contraste no es un cambio completo en los planes de Dios, sino una oportunidad en la capacidad de las personas para cumplir con estos planes. El problema con el antiguo pacto no era Dios. El problema era el pueblo: “ellos invalidaron mi pacto” (v. 32).

La palabra traducida “invalidaron” implica algo “abrogado” (Jeremías 33: 21; Zacarías 11:11) o anulado (Génesis 17: 14; Levítico 26: 15, 44; Números 15: 31; 30: 9). Conlleva un rechazo total del pacto (Jeremías 11: 10; Deuteronomio 31:16, 20; Levítico 26: 15; Ezequiel 16: 59; 44: 7). La Septuaginta traduce *hoti autoi ouk enemeinan* indicando que ellos *abandonaron* el pacto.

A pesar de que este nuevo pacto habría admitido continuidad con el pacto del Sinaí, todavía sería un pacto genuinamente nuevo, que marca un nuevo comienzo en la relación divino-humana porque 1) se da sin condiciones; 2) se escribirá en los corazones del pueblo de una forma en que el pacto del Sinaí no lo fue (v. 33); y 3) estará basado en un acto nuevo de completa gracia divina (v. 34), es decir, el perdón de los pecados.

d. “Porque todos me conocerán”

Enfoquémonos en el segundo resultado del nuevo pacto: “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: ‘Conoce a Jehová’, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (v. 34).

Según Jack R. Lundbom, en su comentario sobre Jeremías “la instrucción de Yahvé es conocida de un profeta, lo que quiere decir que Jeremías imagina un día en que gente como él mismo perderá su trabajo” (p. 470).

Esta es una declaración atípica en el Antiguo Testamento. En el antiguo pacto, Moisés se presenta con la tarea de “enseñar” a Israel (Deuteronomio 4: 1, 5, 14; 5: 31; 6: 1; 31: 19, 22) Tomado en este sentido el Nuevo pacto anunciado por Jeremías se anticipa a la anulación de un ministerio equivalente al de Moisés en el Nuevo Pacto. ¿En qué sentido

debiera entenderse? Para responder a esta pregunta, es necesario revisar algunos detalles de la realización del pacto del Sinaí.

4. El pacto en el Sinaí

El libro del Éxodo está claramente estructurado de una manera en que el tema de la alianza de Dios con su pueblo (Éxodo 19-24) es céntrica. Las tres secciones principales del libro de Éxodo son: a) La esclavitud y el éxodo de Egipto (Capítulos 1-18), b) Pacto (19-24), y c) Construcción del Santuario en 25-40.

Por lo tanto, el Pacto es el tema central del libro. Dios libera a Israel de Egipto porque quiere establecer un pacto con ellos (19: 4). En consecuencia, la liberación y el pacto son dos temas inseparables. La construcción del templo es parte del pacto.

a. Salvación y pacto

Esta estructura muestra claramente que la salvación precede al pacto. “Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra” (Éxodo 19: 4, 5). Dios propone un pacto a los que ya son salvos de Egipto.

El prólogo histórico de cualquier pacto en el Antiguo Cercano Oriente tenía la intención de crear una base para la obediencia al pacto. En los acontecimientos del éxodo Dios está creando esa base. “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20: 2-3). La libertad es siempre previa a la obediencia.

b. *Cumplimiento del pacto de Abraham*

Para algunos, el punto central del pacto en el Sinaí es la ley. Ellos ven esa “dispensación” fundamentada en motivos legales, pero, las acciones de Dios en el libro de Éxodo se basan en una *promesa* de pacto.

El pacto de Dios con Israel es inseparable del pacto de Dios con Abraham. Dios les dio la libertad, manteniendo la promesa hecha a Abraham en un escenario de pacto (Génesis 15). “Dios oyó el gemido de ellos y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob” (Éxodo 2: 24).

Esto queda claro en el episodio en el que Moisés es llamado “esposo de sangre” (Éxodo 4: 24-26). Moisés va a liberar al pueblo, pero sus hijos no están circuncidados. Esta es la razón porque Dios quiso castigar a Moisés. Cabe señalar que la circuncisión es la señal del pacto con Abraham. Dios va a liberar a los israelitas como “simientes” de Abraham, herederos del pacto de Abraham. No hay libertad para los que no están incluidos en el pacto de Dios con Abraham del que la circuncisión era una señal.

c. *Desarrollo del pacto*

La historia del establecimiento del pacto en el Éxodo sigue el orden siguiente: a) Propuesta, b) aceptación, c) preparación, d) teofanía, e) ley y f) ratificación o consumación.

Éxodo 19: 1-6 es la propuesta de Dios al pueblo. Quiere hacer un pacto con ellos basado en sus acciones pasadas. Versos 7 y 8 son la aceptación del pacto por el pueblo: “Haremos todo lo que Jehová ha dicho” (v. 8). Versos 9-15 son la preparación necesaria para el pueblo encontrarse con Dios. Entonces Dios se apareció en la cima de la montaña (vv. 16-25). Los capítulos 20 al 23 son las leyes que finalizan con la promesa de la tierra. El capítulo 24 es la confirmación o consumación del pacto a través de la ceremonia de la sangre.

De acuerdo con la estructura de Éxodo 19-24, la preparación para el pacto es paralela a la realización del pacto. La estructura se puede percibir en el siguiente cuadro.

Tema	Propuesta del Pacto Éxodo 19: 3-8	Ceremonia del Pacto Éxodo 20: 22-24: 8
La comisión de Moisés	19: 3 “Así dirás”	20: 22 b “Así dirás”
Llamado “a ver” una acción pasada de Dios	19: 4 “Vosotros visteis lo que hice con los egipcios”	20: 22b “Vosotros habéis visto que os he hablado”
Propuesta del pacto	19: 5a Propuesta: “si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto”	20: 23-23: 19: ley” Libro del Pacto
Promesa de Recompensa	19: 5b-6a Pueblo: “vosotros seréis mi especial tesoro”	23: 20-33 tierra: “Yo envío mi ángel delante de ti [...] para que te introduzca [...]”
Proclamación por Moisés	19: 7, Moisés “llamó”	24: 3a, 7a, Moisés “llamó”
Aceptación del pueblo	19: 8a, “Haremos [...]”	24: 3b, 7b, “Haremos [...]”

El hecho de que el Decálogo es dejado fuera de esta estructura muestra que este es el centro del pacto. Más aún, el llamado a obedecer (escuchar), y “guardar” el pacto (19: 5) es la clave para el episodio. Cuando las metáforas “escuchar” y “guardar” se contrastan, esbozan la trama de los capítulos 19-24, en los que la revelación progresa de una experiencia de la voz divina en el Decálogo” a la observancia del pacto. Habiendo dicho esto, tenemos que seguir adelante ahora

para responder a nuestra pregunta principal. ¿Qué errores se cometieron en el Pacto del Sinaí?

5. El ideal divino

Las promesas del pacto eran claras: “Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” (19: 5, 6). Prestemos atención a una de estas promesas.

a. “Un reino de sacerdotes”

“Vosotros me seréis un reino de sacerdotes” *mamlaqet cohenim*. El significado de esta cláusula es muy discutido. Para algunos autores la frase significa “un reino con sacerdotes”. De hecho, esto se cumplió en Israel en el establecimiento del sacerdocio Aarónico. Pero, cualquier nación alrededor Israel tenía sacerdotes también. “Un reino con sacerdotes” no es nada especial. Dios no está adelantando el papel del “clero” en su pueblo.

Otra interpretación más viable es tomar el plural hebreo como abstracción. Esto es posible gramaticalmente. Así *cohenim*: (*de sacerdotes*) significa “sacerdotal”. Israel sería para las naciones, lo que los sacerdotes eran al pueblo. Israel sería el mediador de las bendiciones de Dios para las naciones. Este es el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12: 3).

Esta última interpretación implica (no excluye) pensar en el papel sacerdotal de *cualquier israelita particular*. Algunos autores judíos consideran que la expresión expresa de forma acumulativa la extrema santidad de *todo* Israel.

El contexto inmediato y otros paralelos bíblicos implican la naturaleza sacerdotal de *cada* israelita. Estas son las razones:

i. De acuerdo con 19: 10-15, todas las personas han de observar requisitos adicionales de pureza, limpieza y continencia, para poder acercarse a Jehová, cuya santidad es absoluta.

ii. Si se lee en relación con el verso precedente, 19: 6 explica en qué sentido Israel es el tesoro de Jehová - es la nación más sagrada en la Tierra, la única cuya proximidad la Deidad puede tolerar.

iii. 22: 31 especificará de todos los israelitas individuales: “Me seréis hombres santos.”

iv. En 24: 5 los “jóvenes de los hijos de Israel”, no un clero hereditario, ofrecen sacrificios tal como los sacerdotes.

v. Deuteronomio 7: 6; 26: 19; 28: 9, explicando Éxodo 19: 5, 6 más detalladamente, describe a la nación completa de Israel como “santa”.

vi. Coré objetó a Moisés y a Aarón: “Toda la congregación, todos ellos son santos” (Números 16: 3).

vii. Salmo 114: 1-2 también puede estar relacionado con Éxodo 19: 4-6: “Cuando salió Israel de Egipto, la casa de Jacob, de un pueblo extranjero Judá vino a ser su santuario, e Israel su señorío”.

Las restricciones de Israel en la dieta, el matrimonio, la sexualidad y la higiene son parte de su calidad sacerdotal (Cf. Deuteronomio 14: 1-21; 7: 1-11). Como un reino de sacerdotes, los israelitas debían tener acceso a Jehová, y la nación debía servir como sacerdote para el resto de las naciones del mundo. No es el caso que la relación de Israel con Dios es un asunto completamente corporativo, con individuos involucrados meramente por el hecho de pertenecer al cuerpo. En Israel

los individuos afirman su compromiso personal con Jehová. La relación entre Jehová e Israel implica intrínsecamente colectiva e individualmente, otra polaridad que permanece en tensión no resuelta.

b. *Un pacto personal*

Es importante tener en cuenta que el Decálogo fue dado en un tono personal. “Yo soy JEHOVÁ tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto [...] No *tendrás* dioses ajenos delante de mí. No te harás [...] no te inclinarás [...] No *tomarás* el nombre de JEHOVÁ tu Dios en vano [...]” (Éxodo 20: 1-17).

La palabra ‘tú’ debe retenerse, pues cada palabra se dirige, no solo al pueblo como un todo, sino a cada individuo como una personalidad única. El Decálogo se dirige a cada israelita individualmente.

El Talmud babilónico dice: “No hay ni un solo precepto escrito en la Torá, en relación con los cuales cuarenta y ocho veces seiscientos tres mil quinientos cincuenta, no se hicieron pactos” (B. *Sotah* 37b). El número 603, 550, de acuerdo con la explicación de la edición de Soncino es el “número de hombres israelitas, con cada uno de los cuales se hicieron los pactos”

Estos hechos sugieren que cada israelita tuvo la oportunidad de escuchar la voz de Dios. El pacto en el Sinaí fue con cada israelita en particular. No necesitaron sacerdotes o mediadores para estar en la presencia de Dios, *eran sacerdotes* delante de Dios.

c. *Preparación*

Esa es la razón por la que Dios los mandó a preparar antes de ascender a la montaña. Como los sacerdotes, antes de entrar en el santuario, cada israelita debía prepararse (Éxodo 19: 9-15). Ellos van a encontrarse con Dios, el Dios

santo, sin intercesor. Tienen que estar preparados para hacer frente a la santidad de Dios. Algunos discernen una estructura de quiasmo en la teofanía de Éxodo 19: 16-19.

A- El sonido de la trompeta (16a).

B- Todo el pueblo tiembla (16b).

C- El pueblo se acerca a la montaña (17).

C- Yahweh desciende sobre el Monte Sinaí (18a).

B- Toda la montaña tiembla (18b).

A- El sonido de la trompeta (19a).

El clímax del quiasmo (C-C) es el encuentro entre el pueblo y Dios. Este encuentro es la razón de la preparación; la posibilidad de este encuentro es lo que los hace “sacerdotes”.

d. *Una sugerencia fatal*

Después de la proclamación del Decálogo (Éxodo 20: 1-17) la reacción del pueblo a la teofanía es digna de mención. “Todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado” (Éxodo 20: 18).

La presuposición de la instrucción de Jehová a Moisés es que ellos estarían entusiasmados de hacerlo y necesitarían restricciones (Éxodo 19: 12, 21). Pero cuando realmente expresaron una opinión sobre el asunto, articularon una respuesta comprensible de estremecimiento y temblor ante el espectáculo y los sonidos que precedieron y acompañaron descenso de Dios.

Entonces el pueblo planteó una sugerencia fatal: “Entonces dijeron a Moisés, “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”. (v. 19) Parece extraño que los israelitas pidan un

mediador justo después que Jehová ha pronunciado los Diez Mandamientos.

Con esta sugerencia la gente estaba renunciando a su posición de “sacerdotes” ante Dios. Se sintieron incompetentes de estar ante la santidad divina. Estaban eligiendo a otro hombre como su mediador. Así, “*el pueblo se mantenía alejado, Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios*” (v. 21). Aquí se hace claro la raíz del fracaso del Pacto Mosaico; en el rechazo del pueblo a estar en estrecha relación con Dios.

e. *Consecuencias*

La primera consecuencia que tuvo el pueblo al escoger mantener la distancia de Dios fue que los siguientes mensajes de Dios *no fueron dados a ellos* directamente, sino *a través de Moisés*. Dios, no les habló a ellos, sino a Moisés: “Estas son las leyes que les propondrás” (21: 1). En otras palabras, a diferencia de los Diez Mandamientos, los juicios son mediados a través de la personalidad de Moisés.

La segunda consecuencia fue la historia de la continua violación del pacto. El episodio del becerro de oro (Éxodo 32) y el rompimiento de las tablas de la ley son la semilla de destrucción del Pacto del Sinaí.

Cuando el pueblo hizo la propuesta de ser representado por otro, “Moisés respondió al pueblo: ‘No temáis, pues Dios vino para probaros, para que su *temor* esté ante vosotros y *no pequéis*’” (Éxodo 20: 20). El punto aquí no es la imposibilidad total de pecar, sino la impresión en sus corazones del “temor de Jehová. “El temor de Jehová es aborrecer el mal” (Proverbios 8: 13; Cf. 3: 7), y “con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal” (Proverbios 16: 6).

La historia del pueblo de Israel era la historia de la violación del pacto. Ellos dependían completamente de sus

líderes para ser fieles. Mientras tenían buenos líderes ellos eran buenos, pero cuando sus líderes eran malos, también se tornaban malvados.

f. El ideal divino del nuevo pacto

Éxodo 34: 29-35 es la historia del rostro resplandeciente de Moisés. “Después descendió Moisés del monte Sinaí [...] la piel de su rostro resplandecía por haber estado hablando con Dios, pero Moisés no lo sabía” (v. 29).

Moisés había estado en contacto con la Gloria de Dios. Eso fue lo que hizo a Moisés diferente de las otras personas. Se puede ver en este episodio el ideal divino para todo el pueblo de Israel. El plan de Dios no era enviar las leyes con Moisés, sino traerlos en una relación íntima, gloriosa, y transformadora con él. Este encuentro con la gloria de Dios es un requisito previo a cualquier verdadera obediencia.

En el episodio de Números 11, donde el Espíritu que estaba en Moisés se comparte con los demás, es muy sabido que Moisés dijo: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuera profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (v. 29).

Este era el ideal del pacto del Sinaí que nunca se cumplió. Pero esta es la esencia del Nuevo pacto profetizado por Jeremías. Jeremías ve el día cuando el pacto impuesto de Éxodo 19 será individualizado e internalizado, es decir, cuando el Dios personal y viviente de Israel entrará en una nueva relación personal profunda con ‘cada’ israelita vivo.

6. De pecador a ministro

Una de las historias mas usadas para hablar del proceso de justificación en el contexto del Antiguo Testamento, es la historia de Josué y el Angel ante el trono de Dios, narrada en Zacarías capítulo 3.

“Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio? Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala. Después dijo: Pongan mitra limpia sobre su cabeza. Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas. Y el ángel de Jehová estaba en pie. Y el ángel de Jehová amonestó a Josué, diciendo: Así dice Jehová de los ejércitos: Si anduvieres por mis caminos, y si guardares mi ordenanza, también tú gobernarás mi casa, también guardarás mis atrios, y entre éstos que aquí están te daré lugar” (Zacarías 3: 1-7).

Aquí se presenta al sumo sacerdote, acusado por Satán ante la corte Celestial. Sin embargo, no solo a su mano derecha hay un acusador, sino que también Josué tiene un defensor que lo defiende y reprende al diablo.

Josué es declarado inocente, no en función de sus acciones, sino en función de la obra ya realiza en su favor por Dios. El es un “tizón arrebatado del incendio. Tradicionalmente, muchos comentaristas y predicadores han visto en el cambio de ropa a Josué un símbolo del proceso de justificación equivalente al que Dios realizó con la primera pareja del Edén al quitarle las hojas de higuera y darle túnicas de pieles.

Josué es entonces vestido de las ropas de gala del sumo sacerdote y se le encomienda una misión que requiere especial fidelidad. “tú gobernarás mi casa, también guardarás mis atrios, y entre éstos que aquí están te daré lugar” (3: 7).

La historia, que ha sido usada incontables veces para ilustrar el proceso de transformación de una persona de pecadora a redimida, generalmente oculta un detalle importante. La persona elegida para ilustra el estado del pecador, no es un simple pecador, es un sacerdote. En el mismo sentido, *después de haber sido justificado, él no es simplemente un pecador redimido, sino un sacerdote restaurado.*

El pinto relevante a nuestra investigación es que la persona al ser redimida, por el mismo hecho de su redención adquiere el estatus de sacerdote. El ministerio no es un tercer o cuarto nivel después de la conversión. El sacerdocio o el llamado al ministerio es parte de la conversión. Las vestiduras con las que Dios justifica a cada pecador arrepentido son las ropas sacerdotales del ministerio. A todo nuevo creyente, Dios le dice “tú gobernarás mi casa, también guardarás mis atrios, y entre éstos que aquí están te daré lugar”.

7. Creyentes como ministros en el Nuevo Testamento

Mucho de nuestro estudio sobre creyentes como ministros en el Antiguo Testamento se aplica al mismo tópico en el Nuevo Testamento. Además, hemos enfocado el tratamiento del Antiguo Testamento dentro del marco de una teología bíblica global, es decir, incluyendo también el Nuevo Testamento. Es la razón por la que hemos usado en nuestro estudio expresiones tales como “justificación”, “ministro”, “justicia de Cristo” que solo son definidas en el Nuevo Testamento. Esa es la razón por la que nuestro estudio del creyente como ministro en el Nuevo Testamento se limitará a uno cuantos temas adicionales.

8. El Nuevo Pacto realizado

El Nuevo Testamento presenta el cumplimiento de la promesa del Nuevo pacto. Pero ahora Jesús ha alcanzado un ministerio sacerdotal tanto más excelente por cuanto él es mediador de un pacto superior, que ha sido establecido sobre promesas superiores” (Hebreos 8: 6).

El autor de la Carta a los Hebreos cita la promesa del nuevo pacto de Jeremías 31: 31-34 (Hebreos 8: 8-12). “Al decir nuevo, ha declarado caduco al primero; y lo que se ha hecho viejo y anticuado está a punto de desaparecer” (Hebreos 8: 13).

El nuevo pacto fue inaugurado por Cristo, con su muerte en la cruz. “Tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos” (Mateo 26: 27, 28). En comparación al antiguo pacto “Jesús ha sido hecho fiador de un pacto superior” (Hebreos 7: 22).

9. Los creyentes como sacerdote del nuevo pacto

El apóstol Pedro escribe en relación con la iglesia, “pero vosotros sois linaje escogido, *real sacerdocio*, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2: 9). El apóstol está usando la terminología del pacto de Éxodo 19: 4-6. El sentido es que el ideal divino al hacer un pacto con Israel, de que todos los Israelitas sean sacerdotes de manera individual y personal, se ha cumplido en Cristo en el Nuevo Pacto.

Cada creyente verdadero es un “sacerdote” ante Dios. Esa es la razón por la que podemos entrar al lugar donde antes sólo el sumo sacerdote tenía el derecho de entrar: el lugar Santísimo: “Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar

en el santuario por la sangre de Jesucristo [...] Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10: 19, 22). Este versículo recuerda la preparación del sacerdote antes de entrar en el santuario y la de los israelitas para prepararse para el descenso de Dios en Sinaí.

Hebreos 12: 18-27 es una lección extraída del episodio de Israel al pie de la montaña. Nosotros, más que ellos, estamos cerca de Dios. Ellos se acercaron a la montaña con temor y terror por el sonido, el terremoto y el fuego (vv. 18-21). Sin embargo, nosotros nos hemos “acercado “al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, a la reunión de millares de ángeles, a la asamblea de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el juez de todos, a los espíritus de los justos ya hechos perfectos,²⁴ a Jesús el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (12: 22-24).

La idea es que la iglesia está en la misma posición que Israel al pie del Sinaí. La diferencia mayor es que Moisés fue el mediador *no ideal* para el pueblo. Pero la iglesia tiene hoy a Jesús como un mejor “mediador del nuevo pacto”. Los israelitas rechazaron a Moisés porque primero habían rechazado a Dios. Delegaron su derecho de oír personalmente la voz de Dios. Hoy la iglesia enfrenta el mismo dilema: “Mirad que no rechacéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que en la tierra rechazaron al que advertía, mucho menos escaparemos nosotros si nos apartamos del que advierte desde los cielos” (Hebreos 12: 25).

En 2 Corintios 3 el apóstol Pablo está tomando el episodio de Israel, Moisés y la gloria de Dios como un ejemplo para los cristianos. “El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del

Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor” (2 Corintios 3: 17-18).

El sentido del texto se hace evidente si equiparamos, con Pablo, la gloria de Dios que apareció sobre el monte Sinaí, con el ministerio del Espíritu Santo. Los israelitas tenían que ponerse un velo para no ver la gloria de Dios. Es evidente, que la experiencia de Moisés (mirando con un velo la gloria de Dios) es también nuestra experiencia en la recepción del Espíritu. Así, la experiencia (don) del Espíritu en la vida del creyente es una experiencia transformadora. Eso es experimentar la gloria de Dios.

El creyente del nuevo pacto puede mirar a cara descubierta la gloria de Dios manifestada en el ministerio interior del Espíritu Santo. Eso hace que, para los escritores del Nuevo Testamento, cada creyente poseedor del Espíritu equivale a Moisés cara a cara con Dios en el monte Sinaí.

Y tener el Espíritu no es experiencia opcional del cristiano; eso es precisamente ser cristiano. El cristiano es nacido “de agua y de Espíritu” (Juan 3: 5) y vive en el Espíritu (Romanos 8: 4). Solo “los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (Romanos 8: 14). Así la experiencia ideal del Sinaí, por medio del Espíritu, es un llamado y privilegio de todo creyente en Cristo. “El mismo nos capacitó como ministros del nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu” (2 Corintios 3: 6).

10. La iniciación sacerdotal

Éxodo 29: 1-7 muestra el rito de iniciación de una persona en el sacerdocio israelita o como un sumo sacerdote.

"Esto es lo que harás para consagrarlos, para que me sirvan como sacerdotes: Toma un novillo, dos carneros, sin defecto; ² panes sin levadura, tortas sin levadura amasadas con aceite y galletas sin levadura untadas con aceite. Harás estas cosas de harina fina de trigo. ³ Las pondrás en una cesta, y los ofrecerás en la cesta, junto con el novillo y los dos carneros. ⁴ Harás que Aarón y sus hijos se acerquen a la entrada del tabernáculo de reunión, y los lavarás con agua. ⁵ Tomarás las vestiduras y vestirás a Aarón con el vestido, la túnica del efod, el efod y el pectoral, y lo sujetarás con el ceñidor del efod. ⁶ Pondrás el turbante sobre su cabeza, y sobre el turbante pondrás la diadema sagrada. Luego tomarás el aceite de la unción y lo derramarás sobre su cabeza; así lo ungirás".

El rito consistía en cuatro (4) acciones básicas. En primer lugar, se ofrecía un sacrificio en favor del sacerdote en perspectiva indicando que sus pecados habían sido personados. En segundo lugar, el sacerdote era lavado completamente. La tercera acción consistía en vestirlo con nuevas ropas apropiadas para su oficio. El rito culminaba con la cuarta acción que consistía en el ungimiento o derramamiento de aceite sobre su cabeza.

Una mirada al proceso de cómo una persona llega a ser parte de la iglesia en el Nuevo Testamento sugiere un paralelo a los ritos que el Antiguo Testamento como iniciación al sacerdocio.

En primer lugar, cada nuevo creyente es aceptado en la comunidad de fe basado en el hecho de que sus pecados han sido personados por medio del sacrificio de Cristo (Juan 1:

29). “La sangre de Cristo su hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1: 8). Dios proveyó el sacrificio para todo nuevo creyente (Romanos 3: 25).

El bautismo equivale al segundo paso del rito de iniciación sacerdotal. Cada nuevo creyente no solo necesita creer, sino también ser bautizado (Marcos 16: 16). Esa es la razón por la que el apóstol Pablo apeló en esos términos: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22: 16).

En la carta a Tito el apóstol extendió mas aun el paralelismo: “él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino según su misericordia; por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3: 5).

El tercer paso es ser vestido con nuevas vestiduras. En el Nuevo Testamento la “vestidura” es usada como símbolo de estatus de la persona ante Dios (Apocalipsis 3: 4; 16: 15; 22: 14). Los vestidos blancos representan la “justicia de los santos” (Apocalipsis 19: 8). El pecador sin Cristo está desnudo, y con Cristo está vestido de su justicia (Apocalipsis 3: 17, 18).

Se podía equiparar el acto de ungimiento sacerdotal al acto de imposición de manos celebrado en la iglesia primitiva. La imposición de manos era considerada una doctrina básica de la fe (Hebreos 6: 12) y era realizada normalmente en las iglesias para consagrar a alguien para el ministerio y en el momento de aceptar a Cristo (Hechos 8: 14-17; 19: 1-6; 1 Tim 4: 14; Hebreos 6: 12).

Toda la argumentación anterior confirma que los creyentes del nuevo pacto han sido conferidos un sacerdocio no posterior a su conversión sino en el mismo proceso de su conversión y aceptación de miembros de la comunidad de fe.

11. Creyentes como Maestros (no aprendices) en el Nuevo Pacto

Dentro de las promesas del nuevo pacto anticipado por Jeremías estaba la que incluía la no necesidad de enseñanza de los integrantes del pueblo. “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jeremías 31: 34). Esa promesa es citada en Hebreos 8: 11 como una de las promesas del nuevo pacto que son una realidad en todo verdadero creyente que tiene el Espíritu Santo.

El apóstol Juan aceptó esta promesa literalmente: “Pero *la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe*; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.” (1 Juan 2: 27) La unción (el Espíritu Santo) hace realidad esta promesa; y cada verdadero creyente conoce a Dios personalmente.

12. Llamados para la misión

Si cada creyente es un ministro/sacerdote desde el mismo momento de ser aceptado como creyente, entonces el llamado a aceptar a Cristo y ser miembro de la iglesia, es un llamado al ministerio.

Mientras andaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: a Simón, que es llamado Pedro, y a su hermano Andrés. Estaban echando una red en el mar, porque eran pescadores. Y les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.” Y de inmediato ellos dejaron sus redes y le siguieron. Y pasando más adelante, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo y Juan su hermano, en

la barca con su padre Zebedeo, arreglando sus redes. Los llamó, y en seguida ellos dejaron la barca y a su padre, y le siguieron (Mateo 4: 18-22).

El llamado de Jesús a sus discípulos no fue simplemente a ser sus seguidores, sino a ser “pescadores de hombres, es decir, a comprometerse decididamente en la tarea de la misión en favor de otros.

En el caso de la conversión de Pablo se muestra también la misma idea. Jesús le habla a Pablo y le dice que entre a la ciudad y que allá se le mostrará lo que necesita hacer (Hechos 9: 4-6). Entonces Dios envía a Ananías donde Pablo diciéndole “Ve, porque este hombre me es un instrumento escogido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel” (Hechos 9: 15). Que la conversión de Pablo fue un llamado al ministerio es claro por el hecho de que Ananías le impuso las manos (Hechos 9: 17).

Dios llamó a Pablo, según él, “para que yo lo anunciase entre los gentiles” (Gálatas 1: 15). En 2 Timoteo 1: 12-16 el apóstol habla de que Dios lo recibió por misericordia, siendo el primero de los pecadores y lo puso en el ministerio. Para Pablo, la misma gracia salvadora, es la “gracia del apostolado” (Romanos 1: 5).

